

Mons. Fernando Ocáriz
Prelado del Opus Dei

Selección de textos
2017-2019

(Entrevistas, homilías, artículos)

© Fundación Studium, 2020

Índice

a) Fragmentos de entrevistas	4
1. París-Madrid-Roma	4
2. El Opus Dei, noventa años después	7
3. Todos con Pedro	12
4. Los corazones de nuestros contemporáneos	14
b) Homilias	19
1. Entrada solemne en la iglesia prelatia (27-I-2017)	19
2. Jueves Santo (18-IV-2019)	20
3. Viernes Santo (19-IV-2019)	21
4. Vigilia Pascual (20-IV-2019)	22
5. Memoria del beato Álvaro del Portillo (12-V-2017)	24
6. Memoria del beato Álvaro del Portillo (11-V-2019)	25
7. Misa de acción de gracias por la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landázuri (19-V-2019)	26
8. Misa de acción de gracias por la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landázuri (21-V-2019)	28
9. Memoria de san Josemaría (26-VI-2018)	30
10. Memoria de san Josemaría (26-VI-2019)	31
11. Inauguración del año académico 2019-2020 - Pontificia Universidad de la Santa Cruz (7-X-2019)	33
12. Primer aniversario del fallecimiento de Mons. Javier Echevarría (12-XII-2017)	34
c) Artículos	37
1. Luz para ver, fuerza para creer (<i>El Tiempo</i> , Bogotá, 24-IX-2018)	37
2. Dejarse sorprender por un Padre bueno (<i>La Estrella</i> , Panamá, 25-I-2019)	38
3. Guadalupe: un camino al cielo en la vida cotidiana (<i>ABC</i> , Madrid, 13-V-2019)	39

Nota del editor

Los fragmentos de entrevistas han sido seleccionados a partir de las respuestas concedidas a medios de comunicación de Bélgica (Tertio), España (Palabra, Vida Nueva, Alfa y Omega, Iglesia en Aragón y Semanario Diócesis Málaga), Italia (Famiglia Cristiana, Avvenire, L'Osservatore Romano, Zenit, Corriere della Sera y Vatican Insider), Alemania (Frankfurter Allgemeine), Inglaterra (Times) y Portugal (Jornal de Notícias). Agradecemos, en todos los casos, a los periodistas que se encargaron de aquellos trabajos. Se ha procurado distribuir la selección de preguntas en cuatro apartados temáticos, para evitar la reiteración de preguntas similares. La traducción desde el italiano es propia del editor. Las homilías, por su parte, aunque abarcan tres años distintos, están distribuidas según el orden de los meses en el calendario. Finalmente, los artículos de prensa fueron publicados en medios de comunicación de distintos países además del señalado.

a) Fragmentos de entrevistas

1. París-Madrid-Roma

Usted nació en París en 1944, de una familia española. ¿Cuál era el motivo de que residieran en Francia? (Palabra)

La guerra civil. Mi padre era militar en el lado republicano. Nunca quiso contar detalles; pero tengo entendido que, por su posición como comandante, tuvo ocasión de salvar a gente, y dentro del mismo ejército republicano acabó por estar en una situación arriesgada. Como no era partidario de Franco, pensó que convenía marcharse a Francia, y aprovechó la cercanía de la frontera de una parte del ejército, y se pasó allí, a través de Cataluña. Era veterinario militar, pero se había dedicado sobre todo a la investigación en biología animal. No era lo que podría considerarse un político, sino un militar y un científico.

¿Conserva algún recuerdo de esa época? (Palabra)

Lo que sé de esa época es por haberlo oído contar. Cuando la familia se marchó a Francia yo aún no había nacido, y tampoco mi séptima hermana, la anterior a mí (no llegué a conocer a mis dos hermanas mayores, que murieron siendo muy pequeñas, mucho antes de que yo naciera). Los dos menores nacimos en París. Yo nací en octubre, justo un mes después de la liberación por parte de las tropas americanas y las francesas del general Leclerc.

De París, volvieron a España. (Palabra)

Yo tenía entonces tres años, y solo conservo un vago recuerdo, como una imagen grabada en la memoria, del viaje en tren de París a Madrid.

¿Cuándo conoció el Opus Dei? (Palabra)

Por conversaciones entre mis hermanos mayores y mis padres, yo había oído la expresión «Opus Dei» siendo muy pequeño. Aunque no tenía ni idea de lo que era, esa palabra me resultaba familiar.

Estando en quinto de bachillerato, fui a un centro de la Obra que estaba en la calle Padilla número 1, esquina con Serrano, y por eso se llamaba «Serrano»; ya no existe. Fui pocas veces. Me gustaba el ambiente y lo que se decía, pero en el colegio ya teníamos actividades espirituales y quizá no acababa de ver la necesidad. También fui alguna vez a jugar al fútbol con los de «Serrano».

Más adelante, en el verano de 1961, después del bachillerato y antes de la universidad, mi hermano mayor, que trabajaba como ingeniero naval en uno de los astilleros de Cádiz, me invitó a pasar unas semanas allí con su familia. Muy cerca de su casa había un centro del Opus Dei, y empecé a acudir. Estaba de director un marino e ingeniero de armas navales que me animaba a que aprovechara el tiempo: ¡hasta me dio un libro de química para estudiar, cosa que yo jamás había hecho en verano! Allí se rezaba, se estudiaba, se charlaba y, entre una cosa y otra, fui asimilando el espíritu del Opus Dei.

Acabó hablándome de la posibilidad de tener vocación a la Obra. Yo reaccioné como hacen muchos, diciendo: «No. En todo caso, como mi hermano, que es padre de familia». Di largas al tema, hasta que me decidí. Recuerdo el momento preciso: estaba oyendo una sinfonía de Beethoven. Naturalmente, no es que me decidiera a causa de la sinfonía, sino que coincidió que estaba oyéndola cuando me decidí, después de haber pensado y rezado mucho. A los pocos días volví a Madrid.

¿Le importaría describir esa decisión de entrega a Dios? (Palabra)

No hubo un momento preciso de «encuentro» con Dios. Ha sido una cosa natural, gradual, desde que era pequeño y me enseñaron a rezar. De una manera progresiva me fui luego acercando a Dios en el colegio; allí teníamos la oportunidad de recibir la comunión diariamente, y pienso que eso ayudó a que la decisión posterior de hacerme de la Obra fuera relativamente rápida. Pedí la admisión en la Obra cuando me faltaba un mes para cumplir 17 años, por lo que me incorporé ya con 18.

¿Cuándo conoció a san Josemaría Escrivá? ¿Qué impresión le produjo? (Palabra)

El 23 de agosto de 1963. Fue en Pamplona, en el Colegio Mayor Belagua, durante una actividad formativa de verano. Tuvimos con él una tertulia muy larga, por lo menos de hora y media. Me produjo una impresión estupenda. Me acuerdo que, después, comentamos entre varios que habría que ver al Padre –así llamábamos al fundador– mucho más frecuentemente.

Llamaba la atención su simpatía y su naturalidad: no era una persona solemne, sino natural, de buen humor, que contaba anécdotas con frecuencia; y a la vez decía cosas muy profundas. Era una síntesis admirable: decir cosas profundas con sencillez.

Lo volví a ver poco después, creo que al mes siguiente. Fui a pasar unos días en Madrid, y coincidió que el Padre estaba en Molinoviejo, así que fuimos a verle desde varios lugares.

(Tertio) Seis años después, acepté la invitación a trasladarme a Roma, para profundizar en los estudios filosóficos y teológicos. Y es allí donde se me abrió la posibilidad de servir de un modo nuevo a los demás, a través del sacerdocio. La propuesta me la hizo el mismo fundador, san Josemaría Escrivá. Como era algo que ya me rondaba en la cabeza, me bastó poco para decidirme: son decisiones fundamentales que se toman en la oración, en diálogo con Jesucristo.

Y a Benedicto XVI, ¿cuándo lo conoció? (Palabra)

Conocí al cardenal Ratzinger cuando fui nombrado consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en 1986. Luego coincidí con él con alguna frecuencia, en reuniones con pocas personas. Otras muchas veces he ido a verle para diversos asuntos.

¿Recuerda alguna anécdota de esos encuentros? (Palabra)

Un detalle percibí siempre en él: escuchaba mucho, y nunca era él quien daba por terminadas las entrevistas.

Recuerdo varias anécdotas. Por ejemplo, cuando el famoso *affaire* de Lefebvre, yo estuve en las conversaciones con el obispo francés, si no recuerdo mal, en 1988. En una reunión participaban el cardenal prefecto Ratzinger, el secretario de la Congregación, el mismo Lefebvre con dos consejeros, y uno o dos consultores más de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Lefebvre había aceptado, pero luego se echó para atrás. Estando yo un momento solo con Ratzinger, le salió del alma decir con pena: «¡Cómo no se dan cuenta de que sin el Papa no son nada!».

Como Papa, pude saludarle varias veces, pero no tener propiamente una conversación. Después de su renuncia le he visto en dos ocasiones, acompañando a Mons. Echevarría al sitio donde vive ahora: le noté muy cariñoso, anciano pero con la mente plenamente lúcida.

¿Cómo cree que el Papa emérito será recordado por la Iglesia? (Vida Nueva)

Como Papa, será recordado por su rico magisterio, que está en sus tres encíclicas y en sus exhortaciones apostólicas, pero también en su amplísima predicación. Sus homilías y alocuciones son luminosas y muchas de ellas forman espléndidos cuerpos doctrinales: sobre la Iglesia, los apóstoles, los Padres de la Iglesia, la oración... Además, como teólogo, el Papa emérito ocupa, sin

duda, un lugar muy destacado en la teología contemporánea, con aportaciones importantes en distintos campos, desde cuestiones centrales de teología fundamental hasta aspectos de moral social o política.

He hablado con algunos de los que han sido alumnos suyos [de Mons. Fernando Ocáriz]. Me contaron que impartía sus clases de Teología Fundamental de memoria, sin necesidad de abrir manuales, y caminando por el aula. ¿Tiene tan buena memoria? (Jornal de Notícias)

Han pasado ya algunos años desde entonces y no recuerdo con mucho detalle. Desde luego, aunque la memoria ayuda, en la enseñanza de la Teología influye especialmente el hecho de que se trata de realidades que están en el centro de la propia vida y no solo de datos que se recuerdan.

Mons. Ocáriz, usted es el cuarto prelado del Opus Dei. ¿Es fuerte todavía la «presencia» en la Obra de su fundador, Josemaría Escrivá? (Famiglia Cristiana)

Por supuesto. No podría ser de otra manera. Podríamos hablar de una presencia viva, palpable, familiar. Veo muchas personas del Opus Dei que buscan el consejo en los escritos del fundador, le piden ayuda en los momentos de dificultad, recurren a su intercesión ante una necesidad... Es algo que está arraigado en la vida interior ordinaria de muchísimas personas, también de personas con devoción a san Josemaría que quizá ni siquiera conocen el Opus Dei.

Aquí, en la sede central del Opus Dei en Roma, en Santa María de la Paz –la iglesia prelaticia– se encuentran sus restos mortales y miles de personas de todo el mundo vienen a expresar en el silencio de la oración su gratitud o sus inquietudes. Creo que todos nosotros nos esforzamos por vivir el espíritu que nos ha dejado y que él, a su vez, había recibido del Señor: buscar a Dios en medio de las obligaciones cotidianas de la vida en familia, trabajo, oración, amistad, servicio, descanso, etc. El desafío es llegar a hacerlo siempre actual, en la diversidad de tiempos y de lugares.

San Josemaría es un aragonés universal, como universal es la llamada a la santidad que predicó siempre, ¿sigue vigente su mensaje? (Iglesia en Aragón)

Me parece que la vigencia de ese mensaje ha quedado ampliamente puesta de relieve en el Concilio Vaticano II y en la reciente exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, en la que el papa Francisco nos recuerda que «Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada», y en la que nos anima a «no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello», y a vivir «al mismo tiempo concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy».

¿Cómo vivió san Josemaría la amistad y el apostolado en la Universidad de Zaragoza? (Revista Iglesia en Aragón)

Cuando terminó su cuarto año de teología, comenzó a estudiar también en la Facultad de Derecho, situada entonces en la Plaza de la Magdalena. Allí hizo amistad con sus compañeros, que le llamaban amistosamente el *curilla*. Cultivaba la amistad con ellos de un modo muy natural. Su comportamiento era sacerdotal y humano. Quizá sea esa la razón por la que, cuando se ordenó sacerdote, algunos lo escogieron como confesor habitual.

En su primer mensaje citó *Es Cristo que pasa*, diciendo que «cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo: para eso, necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales». ¿Cómo es este tiempo que nos ha tocado vivir? (Jornal de Notícias)

Son tiempos de inseguridad y, a la vez, de deseo de cambio; de alejamiento de Dios y de *saudades* de Dios; de tristeza y cansancio, pero también de nostalgia de bien; de temor a los conflictos, junto con un gran deseo de paz. Son los tiempos que nos toca vivir, y son tiempos para abrirnos a la acción de Dios.

2. El Opus Dei, noventa años después

¿Cuál es el «estado de salud» del Opus Dei, al cumplirse estos 90 años? (Vatican Insider)

Doy gracias a Dios por todos los católicos que, con la gracia de Dios, responden libremente, cada día, a la vocación cristiana. Y entre ellos, hombres y mujeres del Opus Dei, o que participan en los apostolados que la Obra realiza. Los viajes pastorales que hice este verano a Nigeria, Argentina, Bolivia y Paraguay me han llevado también a esta consideración agradecida, al ver a tantos jóvenes y mayores que desean enamorarse de Cristo y ser almas de oración en medio del mundo; al contemplar tantas realidades de servicio que han fructificado gracias al mensaje de san Josemaría: escuelas, dispensarios médicos, universidades, etc.

A lo anterior hay que añadir también las limitaciones de cada uno; los obstáculos objetivos o subjetivos que encontramos; la dificultad, por ejemplo, de desarrollar una labor de evangelización en climas y ambientes complejos, a veces de verdadera persecución para los cristianos. Un aniversario es buen momento para dar gracias a Dios y, a la vez, pedir perdón por nuestras faltas y pecados. Pienso, por ejemplo, en personas que hayan estado en contacto con las labores del Opus Dei y a las que no hayamos conseguido atender con la generosidad y el cariño que ellos necesitaban. El 90 aniversario nos lleva a decirle a Dios, como solía hacer el beato Álvaro del Portillo: «Gracias, perdón, ayúdame más».

¿Cómo ve el futuro del Opus Dei? (Vatican Insider)

Mi deseo para el futuro es que, fieles al carisma de san Josemaría, todos en el Opus Dei nos dejemos guiar por el Espíritu Santo para un renovado impulso evangelizador. Se trata de llevar el calor de Jesucristo a muchos amigos, familiares, colegas, vecinos, conocidos. Lo esencial de este impulso evangelizador no es poner en marcha nuevas actividades o instituciones como las ya existentes, y que son en sí mismas algo muy bueno y positivo, sino fomentar la amistad personal, la apertura a todos y el espíritu de servicio, actitudes profundamente evangélicas que resultan fundamentales para el apostolado cristiano y que, al mismo tiempo, son compatibles con los defectos y debilidades que todos tenemos.

¿Qué desafíos advierte en el horizonte? (Vatican Insider)

Los desafíos son muy variados. En los países de minoría cristiana, como Indonesia o Sri Lanka (por mencionar dos de los últimos en que ha iniciado el trabajo estable de la prelatura), es importante mantener la confianza en el Señor y tener mucha fe: el compromiso cristiano de los fieles del Opus Dei y en general de los católicos es una pequeña semilla, cuyos frutos crecen poco a poco, con la gracia de Dios. En otros países de tradición cristiana, quizás el principal reto sea vivir el Evangelio con alegría y autenticidad, sin mimetizarse con una sociedad que a menudo pone en primer lugar los factores materiales o económicos. Otro desafío evidente, común a toda la Iglesia, es el relevo generacional. Cada año fallecen unos mil fieles de la prelatura, personas que por decirlo de algún modo han culminado su camino: junto al dolor que se vive ante cada una de estas separaciones humanas, son una gran fuerza espiritual y un apoyo para la labor de evangelización de la Iglesia en el mundo.

Usted ha asumido la dirección del Opus Dei desde hace más de un año, un tiempo que ha transcurrido viajando mucho. ¿En qué dirección está orientando la prelatura? (Avvenire)

Quiero vivir la paternidad espiritual y la cercanía a las personas, sobre todo a los que son del Opus Dei, porque son los que la Iglesia me ha confiado de un modo particular; llevarles el afecto y el impulso evangelizador que nos han transmitido san Josemaría y sus sucesores. La prioridad es

ayudar a cada laico y sacerdote de la prelatura a comenzar siempre de nuevo desde la contemplación de Jesucristo.

¿En qué parte del mundo el número de miembros está creciendo? ¿Qué tipo de gente se incorpora? (Times)

El Opus Dei está creciendo de forma similar al resto de la Iglesia en el mundo. Por ejemplo, en los últimos años ha aumentado el número de católicos en varios países de África y Asia. También ha crecido el número de personas que desean incorporarse al Opus Dei en esos continentes. En otras partes del mundo, más secularizadas, nos encontramos con las mismas dificultades que otras instituciones de la Iglesia, y tratamos de afrontarlas con paz y esperanza. Independientemente de las estadísticas, me gusta considerar que es casi un milagro que haya tantos millones de personas en la Iglesia que, con la gracia de Dios, responden libremente a su llamada cristiana de amor y servicio cada día. Y entre ellas hay muchos miles de hombres y mujeres que son miembros del Opus Dei o que participan en sus actividades.

Las personas que se incorporan al Opus Dei son laicos adultos (mujeres y hombres), que sienten una especial vocación o llamada a buscar a Dios y a transmitir el Evangelio a través de su vida ordinaria: en el trabajo diario, en la familia y en el trato social y profesional con los demás. Desde el punto de vista sociológico, la mayoría de los miembros están casados (70%), muchos son trabajadores, de clase media, gente normal que a menudo tiene que luchar para llegar a fin de mes.

Desde su primera carta pastoral como prelado, insiste mucho en la centralidad de Jesucristo. Para no derivar en el cristianismo como ideología, o como ritual bienintencionado, necesitamos experimentar y revivir constantemente un encuentro personal con el amor de Dios. Solo como consecuencia brota la vida cristiana y sobreabunda la gracia en la Iglesia. ¿Cómo ansía anunciar hoy el Opus Dei ese *kerigma*, que es buena noticia inagotable? (Alfa y Omega)

Fundamentalmente mediante la sincera amistad: de persona a persona, que es siempre mutuamente enriquecedora. Para la evangelización, resulta esencial el valor del testimonio y de compartir la propia experiencia de vida: es mucho más eficaz que los discursos teóricos. Lógicamente, esto no excluye la multiforme iniciativa personal que da origen también a actividades evangelizadoras muy diversas (labores de enseñanza, asistenciales, etc.), de algunas de las cuales la prelatura se responsabiliza de su orientación cristiana y presta la atención ministerial de sacerdotes.

¿Qué le diría a quienes consideran al Opus Dei un grupo cerrado, sectario y de ideología ultraconservadora? (Vida Nueva)

En primer lugar, que las personas del Opus Dei –como es obvio– no somos perfectos, que tenemos defectos, que cometemos errores... Al mismo tiempo, les invitaría a que se animaran a conocer de primera mano la realidad, sin dejarse llevar por los clichés. ¡Qué buen ejercicio es, en la vida, dejarse interpelar por la verdad! Fíjese, en los años 60 teníamos el problema contrario: no pocos decían que el Opus Dei era una innovación peligrosa. Conservar con fidelidad la fe recibida en la Iglesia no hace a nadie ultraconservador. Progresar en la misión de extender la luz de Cristo, atentos a las características de cada momento, no les hace acreedores a la etiqueta de progresistas.

El Opus Dei tiene fama de seguir siendo hoy una comunidad conservadora que busca influir en la política. ¿Es eso cierto? (Frankfurter Allgemeine)

Dividir a los cristianos en «conservadores» y «progresistas» tal vez revele, en el fondo, una actitud de exclusión, una actitud de marginación a los que piensan de manera diferente. Entiendo que puede ser más fácil explicar la Iglesia reduciéndola a bloques monolíticos y opuestos, pero de esta manera perdemos la variedad de opiniones que la enriquecen.

Si se trata de «preservar» la esencia del Evangelio, sí, cada cristiano es un conservador; y si se trata de aplicar el Evangelio a la propia vida, cada cristiano es un «progresista» porque desea crecer y progresar. En cualquier caso, prefiero evitar este tipo de categorías, que considero pobres. Como le decía antes, el Opus Dei y la política son realidades diferentes. Sería un error atribuir a esta institución de la Iglesia las opciones políticas de sus miembros, opciones que, gracias a Dios, son muy variadas.

Existen muchos prejuicios sobre el Opus Dei. ¿Cómo aclara usted a la gente que no tienen nada que temer del Opus Dei? (Tertio)

Ante las críticas, provengan de donde provengan, siempre hemos de hacer examen, para ver si están justificadas de alguna manera por nuestro comportamiento, por nuestra falta de correspondencia a la gracia de Dios; y, en ese caso, corregirnos. Además, hemos de tener paciencia: el Opus Dei es aún joven y las novedades en la vida de la Iglesia y de la sociedad han sido frecuentemente recibidas con dificultad.

Pienso sinceramente que no hay ningún motivo para tener «miedo» –por usar la palabra que usted menciona– del Opus Dei, dentro o fuera de la Iglesia: no buscamos imponernos ni imponer nada. Amamos –no solo respetamos– la libertad nuestra y la de todos, también la de los que no piensan ni viven como nosotros.

En España el Opus Dei ha dado grandes frutos espirituales y sociales. Pero también genera controversia. Muchos han encontrado la salvación de Dios gracias a este carisma y son felices. También existen numerosas personas que cuentan (incluso públicamente) que su paso por la Obra ha supuesto heridas profundas. ¿Puede que algo no se haya hecho bien? (Alfa y Omega)

En los 22 años que he trabajado a su lado, he escuchado a don Javier pedir perdón a las personas que se han sentido heridas por el comportamiento de alguno de sus hijos. Yo me sumo a esa petición de perdón y deseo con toda el alma que esas personas curen sus heridas y superen su dolor.

San Josemaría solía decir que guardaba afecto a todas las personas que se acercaban a la labor formativa del Opus Dei, aunque fuese por una temporada. Imagínese el afecto que conservaba hacia las personas que habían llegado a pertenecer a la Obra. Él sentía una profunda paternidad espiritual: nunca se deja de querer a un hijo o a un hermano.

Conviene considerar dos planos distintos. Por una parte, el mensaje del Opus Dei representa un camino abierto para seguir a Cristo. Por otra, las actividades que desarrollan las personas y los centros de la Obra, en las que, como es natural, influyen las circunstancias y los modos de ser. Seguramente, entre tan gran número de personas y actividades –con buena intención– habrá habido errores, omisiones, descuidos o malentendidos. A mí me gustaría pedir perdón por cada uno de ellos.

El Opus Dei nació en la Iglesia con carácter profético. Sin embargo, la muerte del fundador coincidió con los primeros años del tsunami posconciliar. Parece lógico que la Obra se aferrara a los cimientos. ¿Cabe que se hayan quedado tics de atrincheramiento, ante tanta confusión y caos como ha vivido (y vive) la barca de Pedro? (Alfa y Omega)

La fidelidad a Dios es una dimensión que siempre ha iluminado la historia a lo largo de los veinte siglos del cristianismo. La fidelidad a la fe cristiana, que es fidelidad a Jesucristo, se ha mostrado siempre dinámica, innovadora y transformadora. Pienso que efectivamente, después del Vaticano II, al ver las consecuencias de «la hermenéutica de la ruptura» (como la denominó Benedicto XVI en un famoso discurso), se ha planteado esa tentación del *atrincheramiento* que menciona.

En todo caso son reacciones coyunturales que es necesario superar –tanto la ruptura como el atrincheramiento–. Son consecuencia de haber cedido a una mentalidad dialéctica, política, que es

ajena a la Iglesia, porque divide y rompe la comunión. En la Iglesia no hay, no debe haber, bandos ni partidos, sino unidad dentro del legítimo pluralismo.

El relativismo causa estragos en nuestra sociedad desnortada. La Obra es famosa por su fidelidad a la Iglesia y al Papa. Esto supone una bendición en tiempos convulsos. Acentuar la doctrina en medio de la tormenta aporta seguridad; por otra parte, puede desembocar en afán de tenerlo todo reglamentado. ¿Cómo armonizar la fidelidad sin fisuras a la Ley divina con la libertad gozosa de los hijos de Dios? (Alfa y Omega)

Muchos problemas surgen cuando planteamos dilemas innecesarios o reducimos la realidad a estereotipos dialécticos. Fidelidad o creatividad, ortodoxia o libertad, doctrina o vida... Pienso que hemos de vivir con una actitud integradora que es, por cierto, muy cristiana. La realidad no se deja encerrar en un esquema excluyente. Exige de nosotros un equilibrio, una ponderación, una integración que acaba siendo muy positiva también en las relaciones entre personas.

En efecto, la dialéctica genera cortocircuitos. Mirémoslo desde un prisma más integrador. A usted le encanta Beethoven: ¿Cómo seguir la partitura haciendo propia la interpretación? (Alfa y Omega)

Veo perfectamente compatible la fidelidad a la doctrina con la apertura a las inspiraciones del Espíritu. La historia de la Iglesia lo confirma. Sin perder su identidad, es permanente novedad. En este contexto, considero importante la libertad de espíritu, que, evidentemente, no consiste en la ausencia de obligaciones y compromisos, sino en el amor. Es lo que san Agustín expresó en la famosísima frase: «Ama y haz lo que quieras», o como escribió santo Tomás de Aquino en lenguaje diverso: «Cuanta más caridad tiene alguien, tiene más libertad».

Entonces, una fidelidad creativa supone vivir la libertad de amar deseando abrirse a la novedad perenne del Espíritu... (Alfa y Omega)

En efecto, los modos de decir y de hacer cambian, pero el núcleo, el espíritu, permanece inalterado. La fidelidad nunca proviene de una repetición mecánica; se realiza cuando acertamos a aplicar el mismo espíritu en circunstancias diferentes. Eso implica, en ocasiones, mantener también lo accidental; pero en otros casos induce a cambiarlo. En ese sentido, el discernimiento sereno y abierto a la luz del Espíritu Santo es fundamental; sobre todo para conocer los límites (a veces no evidentes) entre lo accidental y lo esencial.

En ese sentido, me resulta una expresión muy entrañable la que utiliza al hablar del Opus Dei como una *partecica* de la Iglesia. Las familias eclesiales, soñadas por el Espíritu Santo, corren en ocasiones un riesgo. En mi tierra le llamamos *no ver más allá de la boina*, es decir, vivir en la miopía del culto a la institución, al propio carisma, al fundador... ¿Cómo evitar promover la marca de la casa, y anteponer el rostro de Dios y la unidad con la Iglesia? (Alfa y Omega)

La expresión *partecica* de la Iglesia es de san Josemaría, que recurría al diminutivo típico de su habla aragonesa, para expresar el tono afectivo con que la empleaba. La tentación de la autorreferencialidad está siempre al acecho de todo el mundo. A veces por un exceso de entusiasmo, a veces por desconocimiento de otras realidades, o por un punto de vanidad. San Josemaría nos quiso prevenir de ese peligro al recordarnos con frecuencia que la Obra existe solo para servir a la Iglesia como la Iglesia quiera ser servida. Si servir a la Iglesia –necesaria expresión del amor a Jesucristo– es siempre una realidad en la vida de cada uno, iremos bien.

Me viene a la mente, también, algo que suele cuestionarse a la Obra. Un aspecto de su práctica pastoral. El hecho de que hombres y mujeres estén separados, tan eficaz y necesario a veces, ¿es un rasgo del carisma fundacional? ¿Quizás resulta antinatural cuando no admite excepciones? Externamente, puede percibirse como una consigna que asfixia iniciativas sanas

que surjan naturalmente y/o que faciliten la convivencia de los jóvenes, el compartir espiritual de los matrimonios... (Alfa y Omega)

En la Obra, la separación entre mujeres y hombres se limita a los medios de formación, a los centros donde se imparte, a la organización de distintos apostolados. En esos casos, la separación es un rasgo del carisma original, que tiene bien experimentadas razones pastorales, aunque comprendo que algunas personas no lo comparten y prefieran otros modos de actuar, igualmente legítimos. Fuera de esos medios de formación, hay múltiples actividades en las que participan mujeres y hombres: cursos para matrimonios o para novios, sesiones para padres y madres de familia en clubs juveniles, iniciativas de parroquias llevadas por sacerdotes de la prelatura, etc. Por no hablar de las innumerables actividades informales que surgen de la propia iniciativa y creatividad de las familias. Lo importante, en mi opinión, es que hombres y mujeres casados reciban la formación como una ayuda para reforzar su matrimonio y su familia; con ese deseo se les ofrecen los medios de formación de la Obra.

¿En qué sentido son las personas necesitadas una prioridad para la Iglesia y, como tal, para el Opus Dei? (Palabra)

Son una prioridad porque están en el centro del Evangelio y porque son amadas de un modo especial por Jesucristo.

En el Opus Dei hay como un primer aspecto más institucional: el de las iniciativas que personas de la prelatura promueven con otras personas para paliar necesidades concretas del momento y del lugar en que viven, y a las que la Obra presta asistencia espiritual. Algunos casos concretos y recientes son, por ejemplo, Laguna, en Madrid, una iniciativa sanitaria para atender a personas que necesitan cuidados paliativos; Los Pinos, un centro educativo situado en una zona marginal de Montevideo, que promueve el desarrollo social de los jóvenes; o el Iwollo Health Clinic, un dispensario médico que ofrece atención gratuita a cientos de personas de zonas rurales de Nigeria. Esas y otras muchas obras similares deberían continuar y crecer porque el corazón de Cristo lleva a eso.

La otra vertiente, más profunda, es ayudar a que cada fiel de la prelatura y cada persona que se acerca a sus apostolados descubra que su vida cristiana es inseparable de la ayuda a los más necesitados.

Si miramos a nuestro alrededor, en nuestro lugar de trabajo, en la familia, encontraremos tantas ocasiones: ancianos que viven en soledad, familias que atraviesan dificultades económicas, pobres, parados de larga duración, enfermos del cuerpo y del alma, refugiados... San Josemaría se volcaba en el cuidado de los enfermos, pues veía en ellos la carne sufriente de Cristo redentor. Por eso solía referirse a ellos como «un tesoro». Son dramas que encontramos en la vida ordinaria. Como decía la Madre Teresa de Calcuta, ahora santa, «no hace falta ir a la India para atender y dar amor a los demás: se puede hacer en la misma calle en la que vives».

¿Qué «periferias» atienden los miembros de la prelatura? (Avvenire)

Hace algún tiempo, el papa Francisco me pidió que nos ocupáramos de las periferias de las clases medias. En nuestra sociedad de bienestar, a veces tendemos a reducir el concepto de las periferias a algunos *slums* de África, Asia o América, o a los grandes barrios populares en los extrarradios de nuestras ciudades. Ciertamente, es necesario trabajar duro para aliviar las necesidades y requisitos en estos lugares; doy gracias a Dios por la generosidad de muchas personas del Opus Dei y sus amigos que, como tantos otros católicos, llevan a cabo iniciativas educativas o de desarrollo en estas periferias, como el Eastlands College of Technology, una escuela de capacitación profesional inaugurada en uno de los barrios más pobres de Nairobi. En el Centro Elis, en Roma, acaba de terminar el primer año de la escuela de tarde, con ochenta chicos del distrito Tiburtino y de casas de

acogida de los barrios más difíciles de la ciudad. Muchos de estos chicos cargan con fuertes problemas familiares y sociales, o son menores no acompañados que llegaron a Italia con los flujos migratorios del Mediterráneo. Pero creo que con esa solicitud, el Papa quería recordar que la periferia también está en el amigo o compañero de trabajo que está todos los días junto a nosotros, en cualquier ciudad italiana, y está lejos de Dios, o está experimentando una crisis familiar, o no encuentra respuesta a la pregunta de cuál es el sentido de esta vida.

¿Cómo explicaría el Opus Dei al mundo de hoy? (Jornal de Notícias)

El fundador, san Josemaría Escrivá, solía decir que el Opus Dei es una gran catequesis. Es una imagen muy gráfica: cada persona del Opus Dei, con la naturalidad de su vida cristiana y con su amistad, a pesar de las propias limitaciones y defectos, procura compartir la alegría del Evangelio entre sus familiares, amigos, colegas de trabajo, vecinos... y hacer la Iglesia precisamente en esas periferias profesionales, familiares y sociales. Nuestro mundo está lleno de heridas y sediento de esperanza. El testimonio de una vida cristiana en las realidades más cotidianas puede ayudar a que muchas personas conozcan y encuentren a Jesucristo, y al descubrir su amor, tengan una alegría más profunda en sus vidas.

3. Todos con Pedro

¿Cómo es su relación con el Papa? ¿Hablan habitualmente? (Vida Nueva)

Es una relación de afecto. Agradezco al Santo Padre las muestras de cariño que ha tenido hacia la prelatura del Opus Dei, y también hacia mi persona, con ocasión de la muerte del anterior prelado, monseñor Javier Echevarría, y de mi nombramiento para sucederle. Y lo mismo en los meses posteriores. Una actitud paterna que he podido ver cuando he hablado con él personalmente o cuando nos hemos comunicado por escrito.

Tras su nombramiento como prelado contó usted a la prensa que existe una buena conexión entre el papa Francisco y el Opus Dei. ¿Cómo apoya la prelatura las prioridades de este Papa? (Tertio)

Como todos los católicos, sabemos que el Papa es el Vicario de Cristo en la Iglesia universal. Y que una misión del católico es unir a la cabeza, llevar –como decía san Josemaría– «Roma a la periferia y la periferia a Roma».

En la audiencia que me concedió tras mi nombramiento, el Papa estuvo muy cariñoso, cercano, e interesado por la labor apostólica del Opus Dei en diferentes países. Me dio consejos sobre cómo responder, desde la fidelidad al carisma recibido del fundador, a las circunstancias cambiantes de cada tiempo y lugar. Entre otras cosas, nos animó a tener muy presente la labor de evangelización en la «periferia de las clases medias»: llevar el amor de Dios al extenso mundo de las profesiones. También hubo ocasión para conversar sobre diferentes proyectos que personas de la prelatura y amigos han puesto en marcha para tratar de paliar las carencias más básicas en diversos países, como iniciativas de integración de refugiados e inmigrantes en Alemania, la promoción de las curas paliativas en lugares del llamado «primer mundo», nuevas iniciativas para la promoción humana en barrios pobres de diferentes ciudades, y actividades de formación humana y cristiana en muchos países del mundo.

Desde luego, procuramos apoyar las prioridades del papa Francisco con los medios a nuestra disposición y deseáramos hacer mucho más. Nos gustaría hacer aún más de lo que hacemos para propagar la alegría del Evangelio, para cuidar «nuestra casa común», para estar cerca de las familias, para mostrar la misericordia de Dios.

Han pasado cinco años desde la elección del papa Francisco, ¿qué rescata especialmente de este tiempo? (Vatican Insider)

Entre otras tantas cosas, su invitación al anuncio del evangelio a través de lo que alguna vez ha llamado la «santidad de la puerta de al lado»: realizar el propio deber –rezar, trabajar, sacar la casa adelante, atender a la familia, descansar– con la ilusión de que esas tareas, aun en medio de dificultades y sufrimientos, sean camino de encuentro con Dios y de servicio a los demás. La Iglesia es el conjunto de todos los bautizados, cada uno es protagonista de la evangelización. Subrayaría también su insistencia sobre el perdón y la misericordia de Dios, que tuvo un punto álgido en el Jubileo de la Misericordia. Supone un recordatorio constante del amor de Dios por todos los hombres, que percibimos de un modo evidente en el sacramento de la reconciliación. Ningún hombre o mujer, por muchas que hayan sido sus miserias, puede desesperar del perdón de Dios: siempre hay un camino de retorno a Él. Por otro lado, la cercanía del papa Francisco hacia las personas más vulnerables, llama a todos los cristianos a fomentar esa «cultura del encuentro» tan evangélica.

Desde su elección ha pedido con frecuencia oraciones por la Iglesia y por el Papa. ¿Cómo fomentar esa unidad con el Santo Padre en la vida de las personas corrientes? (Palabra)

Me pide un consejo. Todos los que han saludado personalmente al papa Francisco, y desde el 2013 habrán sido miles, han escuchado esta petición: «Rece por mí». No es una frase hecha. Ojalá en la vida de un católico no falte cada día un pequeño gesto por el Santo Padre, que lleva mucho peso encima: recitar una oración sencilla, realizar un pequeño sacrificio, etc. No se trata de buscar cosas difíciles, sino algo concreto, diario. A los padres y madres de familia les animo también a que inviten a sus hijos, desde pequeños, a rezar una breve oración por el Papa.

Apenas unos días atrás el Papa invitó a todos los fieles del mundo a rezar contra los ataques del diablo, que busca siempre romper la unidad de la Iglesia, ¿cómo recibió este llamado? (Vatican Insider)

La primera reacción que he tenido es de alegría, porque una invitación del Papa a rezar por una intención suya tan importante anima, nos da ímpetu y esperanza por la fe que tiene el Papa en la oración. Por otra parte nos da pena porque responde a una situación difícil. Es coherente con el tema de la unidad. Todo lo que es contrario a la unidad no viene de Dios, sino del enemigo. También pide rezar a san Miguel. La unidad es condición de vida, también porque para la Iglesia, no solo por teología sino también por fe, el Papa es principio visible de unidad; sobre el Papa recae el peso de la unidad y por eso nos pide que le ayudemos con la oración, no solo ahora sino desde siempre.

La recentísima *Gaudete et exsultate* sobre la «llamada a la santidad en el mundo contemporáneo» en muchos puntos recuerda de cerca a las enseñanzas de Escrivá. ¿Qué sintió al leerla? (Avvenire)

La llamada universal a la santidad es el núcleo de la enseñanza del fundador del Opus Dei. Siempre insistió en que la santidad no es una cosa para privilegiados. «El Señor llama a todos –dijo desde el principio– de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio» (*Es Cristo que pasa*, n. 110). Dios llama al profesor de escuela, al artista, al empresario, al panadero, al agricultor, a los que se encargan de las tareas domésticas, al periodista, al deportista, a los que sufren la tragedia del desempleo... Ya en vida, el fundador tuvo la gran alegría de ver cómo el Vaticano II confirmaba y proclamaba esta realidad: que la santidad es para todos. Por lo tanto, comprenderá que cuando leí *Gaudete et exsultate* inmediatamente pensé en la alegría que habría sentido san Josemaría al ver esta nueva expresión del mensaje de la llamada universal a la santidad en las palabras del papa Francisco.

¿Qué le ha llamado más la atención? (Avvenire)

El Papa nos presenta las bienaventuranzas como la tarjeta de identidad de los que buscan la santidad en la vida diaria. Es un camino que a veces requiere ir contracorriente pero que, al final, conduce a la felicidad. Es muy importante mostrar, con el ejemplo, que vivir como cristianos también es humanamente algo que ya vale la pena en esta tierra, a pesar de las dificultades que todos tenemos que enfrentar. El camino de las bienaventuranzas es también un camino de felicidad para nosotros y para los demás. He encontrado muy hermosa la insistencia del Papa, a lo largo de la exhortación, de buscar la santidad a partir de pequeños gestos, algo muy característico de san Josemaría, que en su libro *Camino* escribió: «¿No has visto en qué "pequeñeces" está el amor humano? –Pues también en "pequeñeces" está el Amor divino» (*Camino*, n. 824).

4. Los corazones de nuestros contemporáneos

En el debate público, a veces parece que se presente la religión como algo del pasado, anticuado. ¿Cuál le parece que es el mejor camino para mostrar a los jóvenes que la felicidad está en centrar su vida en imitar a Cristo? (Zenit)

Quizá esa percepción nazca de una visión del cristianismo como un elenco de preceptos y obligaciones, o como la conmemoración de eventos del pasado. En cambio el cristianismo es un encuentro personal de amor, con Jesucristo; un amor que devuelve el sentido profundo a la vida. Ciertamente, en el debate público, algunos presentan la religión como algo trasnochado; sin embargo, vemos en nuestros días a mucha gente sedienta de paz, de felicidad, sedienta de Dios. El actuar de Dios en el mundo es silencioso, se da en la intimidad de las personas, en la relación personal. Pienso que el testimonio de ese encuentro personalísimo con Jesucristo, junto con la profunda alegría que produce, es un buen camino para que los jóvenes –y cualquier persona– pueda descubrir la felicidad de una vida con Cristo. Así ha sido desde los primeros pasos del cristianismo, como escribió san Juan: «Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16).

¿Cómo pueden vivir en la actualidad los jóvenes la idea del Opus Dei de santificación del trabajo cuando este es precario, está mal pagado y, en numerosas ocasiones, es intermitente? (Vida Nueva)

El paro prolongado o el trabajo precario producen una situación dolorosa y pueden causar graves daños personales a los jóvenes. A escala social, supone también un claro perjuicio porque equivale a un desperdicio de potencial humano, provoca el retraso del matrimonio y es fuente de inseguridad para las familias. Quien sufra estas situaciones puede considerar que su trabajo es buscar trabajo, y que puede santificarlo, como se puede santificar el trabajo de formarse más para tener posibilidades de acceder a un empleo mejor.

El Pontífice ha lamentado en numerosas ocasiones las injusticias, la escasez y los graves problemas que existen en el mundo laboral hoy en día. ¿Cómo vivir la santidad en el trabajo a pesar de ello? (L'Osservatore Romano)

Buscar la santidad en un ambiente laboral lleno de heridas e injusticias implica, para los cristianos, ser testigos del Evangelio en nuestro puesto de trabajo: esta es la clave de la santidad que el Señor pide a muchos. Encontrar a Cristo en los demás, servirle en los demás. El mismo papa Francisco ha querido promover la causa de canonización de un buen empresario argentino –Enrique Shaw– que administraba con afán de hacer crecer a sus empleados y a aquellos que necesitaban de su ayuda. Pienso que nos propone este ejemplo para resaltar la dimensión positiva e incluso heroica del trabajo de una persona justa.

A veces la tragedia de nuestro tiempo es no encontrar trabajo. La santificación puede consistir entonces en aceptar tareas que están por debajo de las propias expectativas, en llamar con humildad y constancia a muchas puertas y, por otro lado, llama a rezar por quienes sufren el paro, a acompañarles en la medida de nuestras posibilidades.

¿Cómo ayudar a los jóvenes a no desalentarse antes las faltas de unidad entre los católicos o ante ciertas noticias, a veces escandalosas, que tienen por protagonistas a pastores de la Iglesia? ¿Cómo hacer para no perder la paz y transmitir serenidad y esperanza? (Zenit)

En otras ocasiones he recordado que nos puede ayudar considerar que la Iglesia no es solo el conjunto de los hombres y mujeres que a ella nos hemos incorporado sino, sobre todo, como explicaba san Josemaría, es «Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante» (*Es Cristo que pasa*, n. 131). Aunque nosotros, los hombres y mujeres que formamos parte del Pueblo de Dios, nos equivoquemos y erremos, Dios está con nosotros, en su Iglesia.

Ante estas dificultades, que son evidentes a los ojos de todos, el papa Francisco invitó a todos los católicos, en el mes de octubre, a recitar diariamente el Rosario durante ese mes, acabándolo con la invocación *Sub tuum praesidium*, y con la oración a san Miguel Arcángel. Y este sería un segundo aspecto fundamental: ofrecer oración y penitencia es un modo estupendo de amar más y más a la Iglesia y al Papa.

¿Qué significa hoy para un laico buscar la santidad en la sociedad digital, marcada por profundos cambios de mentalidad y costumbres? (Avvenire)

Entre otras cosas, significa sembrar el mundo digital de amistad, superando así el riesgo de la despersonalización: cada persona es importante, porque Jesucristo ha muerto y ha resucitado por cada uno de nosotros. Las relaciones auténticas comienzan cuando se ven personas concretas en el centro de cada interacción, incluso cuando a menudo no las tienes delante en conversaciones digitales. Luego, compartir contenidos valiosos, sin reemplazar la cultura con mera información. Y para esto debemos estudiar, reflexionar, rezar, escuchar. Los cristianos deberíamos inculcar, entre otras cosas, serenidad en el flujo rápido de lo digital. Finalmente, vivir coherentemente, en unidad de vida, sin doblez: no se puede pretender ser un ciudadano modelo y un buen cristiano *offline* y luego actuar *online* sin frenos inhibitorios, sin caridad en las formas.

Otro ámbito crucial de la sociedad y de la Iglesia es la familia. ¿Qué les pide a los miembros y amigos del Opus Dei en este campo? (Avvenire)

Que den un testimonio positivo, principalmente con su perseverancia en el amor. Ser fiel a Dios o a una persona es algo que debe renovarse todos los días. A veces lo haremos fácilmente, a veces con dificultad. Debemos desear y buscar el bien de los demás. En la familia, este «bien» requiere aceptar a los demás tal como son, saber renunciar a las propias opiniones, captar las manifestaciones de cansancio, encontrar tiempo y temas para hablar, evitar quejas, etc. Estos hechos, simples pero que en ciertos períodos pueden ser heroicos, mostrarán que nos preocupamos por las personas, a quienes nunca queremos considerar como objetos inservibles o defectuosos que se pueden «reemplazar» cuando ya no los necesitamos. Una familia que no se rinde ante las dificultades y donde los padres y los niños buscan el consejo de Dios para conocer y querer el bien de los demás es un gran apoyo para la Iglesia y para la sociedad.

Los miembros del Opus Dei son fundamentalmente laicos. ¿En qué consiste el apostolado de los laicos? (Tertio)

El sacerdocio ministerial es esencial en la Iglesia: sin los sacramentos –especialmente la Eucaristía y la Penitencia que solo el sacerdote administra–, el apostolado de los laicos resultaría completamente insuficiente. Por su parte, sin el apostolado de los laicos, el sacerdocio ministerial quedaría extraordinariamente limitado: ¿qué haríamos los sacerdotes para la formación cristiana de las nuevas generaciones sin la colaboración de los padres y madres de familia? ¿Cómo podría alcanzar la labor pastoral de los sacerdotes a tantas personas del mundo de la ciencia, de la economía, de los derechos humanos, de la política, del arte, del periodismo, y de tantas otras profesiones y trabajos? San Josemaría decía que el modo más específico con el que los laicos contribuyen a la santidad y al apostolado en la Iglesia era llevando el fermento del mensaje cristiano a la sociedad, a través de su acción libre y responsable en las estructuras temporales.

Ahí, en la sociedad, los laicos evangelizan con su ejemplo; con la honradez, la laboriosidad, la justicia, la alegría, la lealtad, la fe, la fraternidad con todos. La amistad con sus colegas y el prestigio profesional que puedan alcanzar con su trabajo, ofrecen la posibilidad de ayudar personalmente a los demás, al encuentro con el Evangelio, a pesar de las limitaciones que todos tenemos y de nuestros errores.

Ya el Concilio Vaticano II ha recordado que esa es la principal misión de los laicos en la Iglesia. Esto no quita que algunos sean llamados, además, a cargos de responsabilidad en la estructura de la Iglesia, que no exijan para su ejercicio el haber recibido el sacramento del Orden. Será otra muestra de generosidad y servicio a los demás. Pero no olvidemos que eso no es lo esencial del laico y que, como dice el papa Francisco, promover el laicado no consiste en «clericalizarlo».

En este mundo nuestro, tantas veces prisionero en la cultura del lamento, saborear así el amor de un Padre es crucial para vivir con esperanza. (Alfa y Omega)

Siempre, y especialmente en estos momentos, hemos de tener muy presente esta maravillosa realidad, que ayuda a superar los pesimismoes que sobrevienen ante los problemas de la vida, la conciencia de los propios defectos, las dificultades de la evangelización e incluso ante la situación del mundo. Nuestra vida no es una novela rosa, sino un poema épico. Sabernos hijos de Dios nos ayuda a vivir con confianza, gratitud y alegría. Nos invita a amar este mundo nuestro, con todos sus problemas y con toda su belleza. La paz del mundo depende más de lo que cada uno aportemos, en la vida ordinaria, (sonriendo, perdonando, quitándonos importancia), que de las grandes negociaciones de los Estados, por necesarias y relevantes que estas sean.

Vivimos en clima de laicismo beligerante en el que es fácil que pensemos que nombrar a Dios resulta peligroso y es mejor dejarlo en la letra pequeña o lo acabamos añadiendo como una pegatina postiza. ¿Cómo afrontar el reto de hablar de Él con naturalidad, con pasión, sin complejos, como el amor bendito que sostiene nuestra vida y nuestras empresas? (Alfa y Omega)

Ciertamente, tenemos la sensación de vivir tiempos de inseguridad. Y a la vez, se perciben grandes deseos de cambio. Nuestro mundo parece alejarse de Dios y, sin embargo, se aprecia tanta sed espiritual...; tememos los conflictos, mientras manifestamos grandes ansias de paz. La acción de Dios se realiza hoy y ahora, en los tiempos que nos ha tocado vivir, y ¡ojalá nos abramos a ella! Cuando algunos pensadores hablan de que se han vuelto líquidas las relaciones interpersonales en nuestra sociedad, y apuntan a nuestro naufragio en lo efímero y lo superficial..., eso no puede llenarnos de pesimismo o amargura, sino espolearnos a contagiar la alegría del Evangelio.

En ocasiones tenemos la sensación de vivir en un mundo algo desmadrado. ¿Qué le ha pedido a nuestra Madre en su viaje a Fátima? (Alfa y Omega)

En su presencia materna, iba repasando algunos desafíos de este mundo nuestro, tan complejo como apasionante. Le pedía la gracia de llevar a todos el Evangelio en su pureza original y, a la vez, en su novedad radiante. En un mensaje posterior a mis hijos, escribía algo que pienso que puede servirnos: «La llamada a que cada uno de nosotros, con sus recursos espirituales e intelectuales, con sus competencias profesionales o su experiencia de vida, y también con sus límites y defectos, se esfuerce en ver los modos de colaborar más y mejor en la inmensa tarea de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Para esto, es preciso conocer en profundidad el tiempo en el que vivimos, las dinámicas que lo atraviesan, las potencialidades que lo caracterizan, y los límites y las injusticias, a veces graves, que lo aquejan. Y, sobre todo, es necesaria nuestra unión personal con Jesús, en la oración y en los sacramentos. Así, podremos mantenernos abiertos a la acción del Espíritu Santo, para llamar con caridad a la puerta de los corazones de nuestros contemporáneos».

Una preocupación generalizada en la Iglesia son las vocaciones. ¿Qué aconsejaría, a partir de la experiencia del Opus Dei? (Palabra)

En el Opus Dei se experimentan las mismas dificultades que todos en la Iglesia, y pedimos al Señor, que es el «dueño de la mies», que envíe «trabajadores a su mies». Quizá un reto especial es fomentar la generosidad entre los jóvenes, ayudándoles a comprender que la entrega a Dios no es solo renuncia sino don, regalo que se recibe y que hace feliz.

¿Cuál es la solución? Me viene a la cabeza lo que decía el fundador del Opus Dei: «Si queremos ser más, seamos mejores». La vitalidad en la Iglesia no depende tanto de fórmulas organizativas, nuevas o antiguas, sino de una apertura total al Evangelio, que lleva a un cambio de vida. Tanto Benedicto XVI como el papa Francisco han recordado que son sobre todo los santos los que hacen la Iglesia. Por tanto, ¿queremos más vocaciones para toda la Iglesia? Esforcémonos más por corresponder personalmente a la gracia de Dios, que es quien santifica.

Desde su elección, y luego en la audiencia con el papa Francisco, usted habló de tres prioridades: la familia, los jóvenes y la «sensibilidad proactiva hacia los más necesitados». Los dos primeros puntos están claros, pero ¿qué significa el tercero? (Corriere della Sera)

Siguiendo la imagen de la Iglesia como hospital de campaña, desearía que cada uno fuésemos *hospital* para quienes nos rodean. Eso es lo que me gustaría para todos, y me lo aplico en primer lugar: queda un largo camino por recorrer.

Son tantos los heridos en nuestra sociedad: los enfermos o los ancianos abandonados, los que sufren soledad, los que no encuentran trabajo, los que viven el drama del fracaso en el amor, los que han perdido toda esperanza, etc. Los fieles del Opus Dei, en su vida en medio del mundo, se encuentran cada día interpelados por estas heridas: a menudo las sufren en persona, o en sus propias familias, o las encuentran en algún compañero de trabajo o en algún vecino de su propio barrio.

El reto es llegar a ser mejores *samaritanos*, hombres y mujeres que se arremangan, que aportan imaginación y compromiso para ayudar a resolver los problemas de los demás como si fueran propios: la caridad nunca es teórica ni genérica, se hace vida en las relaciones con el prójimo, como lo hizo Jesús, viendo que cada persona es importante, porque Cristo murió por ella.

La tragedia que viven refugiados y migrantes es una de las preocupaciones principales del papa Francisco ¿Cómo ayuda el Opus Dei a estas personas? (L'Osservatore Romano)

Los sufrimientos y las necesidades de estos hermanos nuestros son una continua llamada al servicio y a la oración, a actuar como el «buen samaritano» de la parábola evangélica. Como muchos otros cristianos, las personas del Opus Dei procuramos buscar modos de ayudar a estas personas en el

cuerpo y en el espíritu. Están en marcha iniciativas muy variadas. Recientemente me han contado de varias familias francesas que han acogido a familias enteras procedentes de Irak. O de un profesor de una escuela alemana, en la Cuenca del Ruhr, que se dedica a orientar a refugiados de Siria para que se integren bien en el sistema educativo alemán. U otras ayudas sencillas, como la de un grupo de familias de Vigo (España) que se reúnen para confeccionar ropa de abrigo y mantas que envían a campos de refugiados, o el trabajo de un grupo de universitarias de Austria que se ocupan de la integración de inmigrantes y refugiados que llegan al país: les enseñan el idioma, los ponen en contacto con familias del lugar, les acompañan a hacer los trámites burocráticos. Los ejemplos serían infinitos y, aun así, parecen siempre pocos.

En los refugiados y los migrantes encontramos a Jesucristo que padece en su carne. La ayuda a estas personas puede ser más grande o más pequeña, dependerá de las circunstancias de cada uno, pero debe ser concreta, como es concreto el amor de Cristo.

¿Cuáles diría usted que son los retos que tenemos los seculares de hoy? (Diócesis de Málaga)

Muchos pensadores hablan de que en nuestra sociedad las relaciones interpersonales se han vuelto líquidas, como sometidas al vaivén de lo inmediato y de lo superficial. Esas relaciones contribuyen a generar corazones vacíos. Los cristianos hemos de trabajar por lo perdurable, por ideales bellos y definitivos, y por eso pienso que el reto más importante que tiene la Iglesia –y la sociedad en su conjunto– es dar esperanza a cada persona, especialmente a los jóvenes, a las familias, y a quienes padecen más necesidades materiales o espirituales.

Para superar este reto, a pesar de nuestros defectos y limitaciones, es importante poner delante de los ojos de muchas personas la luz del amor de Jesús: llevar a Jesucristo a los ambientes en que nos movemos, respetando la libertad de las conciencias. Es la tarea misionera de los cristianos de todos los tiempos. Ofrecer este tesoro será un acto más auténtico si somos capaces de mostrar empatía hacia los demás, si sabemos agrandar nuestro corazón para que quepan las necesidades y las penas, los miedos y los sufrimientos de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, empezando por los más cercanos y por los más débiles.

b) Homilias

1. Entrada solemne en la iglesia prelatia (27-I-2017)

Benedictus Dominus qui dedit requiem populo suo (1 Re 8,56). Esas palabras, que hemos escuchado en la primera lectura, se referían al pueblo de Israel, y las aplicamos ahora para dar gracias al Señor por esta paz que es, para nosotros, la unidad de la Obra. La unidad de la Obra que nos concede el Señor, a Él la agradecemos; unidad que es fuente de verdadera paz.

A la vez nos damos cuenta, y debemos habitualmente tener conciencia, de que esta paz es el mismo Jesús. Como escribe san Pablo, *Ipse enim est pax nostra* (Ef 2,14): Él es nuestra paz. La unidad depende fundamentalmente de la gracia de Dios, que no nos faltará nunca, pero depende también de nosotros, en la medida en que estemos más unidos a Jesucristo. Él es nuestra paz; Él es la fuente de nuestra unidad en el Espíritu Santo.

En la segunda lectura, hemos escuchado unas palabras que san Josemaría meditó tantas veces y nos aconsejó meditar a nosotros: *Elegit nos in Ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti* (Ef 1, 4). *Elegit nos in Ipso*: en Cristo; una vez más, la identificación con el Señor, como hijas y como hijos de Dios Padre. Ese es el fundamento de nuestro espíritu: sabernos, sabernos verdaderamente hijas e hijos de Dios, que es fuente de paz para nuestras almas y para poder ser, en todas las circunstancias, sembradores de paz y de alegría.

Es lógico que hoy meditemos en quién es el Padre en la Obra. Entre las condiciones que san Josemaría señaló para el Padre tanto en *Statuta* como aquí, grabadas en la sede de esta iglesia, está la prudencia: prudencia que yo os ruego que la pidáis al Señor para mí. Prudencia, que es la virtud propia del gobierno. Una prudencia también para todas y para todos, porque lo que es para el Padre conviene a todos. Prudencia para ser, en todo momento, muy fiel al espíritu de la Obra, ante las circunstancias cambiantes de tiempo y de lugares. Que siempre el Padre tenga la prudencia de ser fiel, fidelísimo, al espíritu de nuestro Padre, que es el espíritu que Dios ha querido para nosotros.

Otra característica, que tiene que tener el Padre, es la piedad, ser muy piadoso. Recordaréis que san Josemaría aseguraba que la piedad es «el remedio de los remedios»; pues pedid que el Padre sea piadoso, que todas seáis piadosas, y que con vuestra piedad sostengáis la piedad del Padre, para que todos formemos con el Señor una unidad de cabeza, de corazón, de intenciones.

Otra característica es el amor a la Iglesia y al Papa. Cuántas veces el Padre, don Javier, nos ha insistido, como hacía el beato Álvaro y como hizo san Josemaría, en que recemos mucho, mucho, por la Iglesia y por el Papa. Pues pedid al Señor que el Padre, ahora y siempre, haga realidad ese lema de nuestro fundador: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!* Que, de verdad, vayamos todos muy unidos al Papa, ahora a Francisco, a Jesús, por María.

Tenemos que considerar estas características un poco deprisa, porque cada una daría para varias homilias... Otra que señalaba san Josemaría es el amor del Padre al Opus Dei y a todas sus hijas e hijos. Por esto, os pido que recéis por mí, también para que se haga realidad en mi vida aquello de la Escritura: *Dilatatum est cor meum* (2 Cor 6,11); que se agrande mi corazón. Y eso vale para todas y para todos. Tantas veces el Padre, don Javier, nos decía: «¡Que os queráis, que os queráis!». Es con la verdadera fraternidad, como vamos todos unidos; una fraternidad que surge del corazón de Cristo.

En el año 1933, lo habréis ya leído en una biografía o en algún lugar, nuestro Padre le dirigió al Señor una oración, que hacemos ahora también nuestra: «¡Señor! Hazme tan tuyo, que no entren en

mi corazón ni los afectos más santos sino a través de tu corazón llagado». Y es así: para querer de verdad a todas las personas, y antes que nada a quienes formamos esta familia estupenda que Dios nos ha dado, tenemos que pasar por el corazón de Jesucristo.

Consideremos ahora brevemente el Evangelio de hoy: la Visitación. Todos los días contemplamos en el Rosario esta escena maravillosa de entrega generosísima de la Virgen. Que Ella nos ayude a ser así, generosos en el servicio, y pedid para el Padre que sea también así: servidor de todos, porque la autoridad es servicio, y si no fuese servicio no serviría para nada: que sea siempre servicio.

El *magnificat* de la Virgen: *Magnificat anima mea Dominum*. Alabamos al Señor con estas palabras de la Virgen. Y, a la vez, recordando lo que en una ocasión comentaba Benedicto XVI, este *magnificat* lo podemos entender como «hacer grande a Dios en nuestras almas» (Benedicto XVI, homilía del 15 de agosto de 2005). Que le demos al Señor todo el espacio de nuestro corazón y así también tendremos un empuje apostólico grande, un afán de almas... iba a decir «que no nos deje vivir»: que nos deje vivir empujándonos continuamente a buscar el bien de las almas por amor a Jesucristo.

Vamos a pedir a la Virgen, Madre de la Iglesia, Reina del Opus Dei: ponemos en su mediación materna toda la Obra, para que esta nueva página de nuestra historia sea siempre con su ayuda, siga siendo, la historia de las misericordias de Dios. Así sea.

2. Jueves Santo (18-IV-2019)

En la primera lectura de la Misa, hemos recordado la institución de la Pascua judía, que conmemoraba la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud a que estaba sometido en Egipto. Siglos después, Jesús escogió precisamente los días en que se hacía memoria de esta liberación para, durante la Última Cena, celebrar *su* Pascua instituyendo la Eucaristía. Es lo que relata san Pablo en la segunda lectura. Las palabras que Cristo pronunció aquella noche, y que los sacerdotes repetimos en cada Misa, convirtieron el pan y el vino, en su Cuerpo y su Sangre: «Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros... Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre» (1 Co 11,24–25). ¿Qué relación tiene todo esto con nuestra propia vida? ¿No sucedió demasiado lejos de aquí, demasiado lejos de nuestros problemas?

Estamos comenzando el Triduo Pascual. Vosotros habéis venido a Roma para vivir, con mayor intensidad, estos tres días que son los más importantes del año para un cristiano. La liberación del pueblo de Israel, bajo la guía de Moisés, fue una imagen de lo que después significó la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús para toda la humanidad. Por eso, tiene que ver con cada uno de nosotros. En la esclavitud a la que estaba sometido el pueblo judío, podemos ver una imagen de la esclavitud a la que somete el pecado. Y, en la libertad de Israel se anunciaba de algún modo una libertad nueva y más alta: la libertad de los hijos de Dios, que nos gana, a cada uno, la gracia de Jesucristo.

Pero podemos hacernos otra pregunta: ¿De verdad necesito ser liberado? ¿Es que no hago normalmente lo que quiero? San Pablo, que desde muy joven buscó a Dios por caminos incluso contrarios al cristianismo, escribió: «Querer el bien está a mi alcance, pero ponerlo por obra, no. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rm 7,18-19). Es la experiencia de la falta de fuerzas para hacer todo el bien necesario. Necesitamos que Jesucristo cure definitivamente nuestra propia libertad; y es en la Cruz donde nos ha conseguido la liberación más profunda: la

liberación del pecado, que nos purifica el alma para que podamos descubrir nuestra verdadera identidad de hijos de Dios.

La Eucaristía «es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos» (Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 11). En cada Santa Misa, cuya institución celebramos hoy, se hace presente en forma sacramental ese sacrificio de salvación. Por eso, la libertad que nos ganó Cristo con su Pasión, Muerte y Resurrección no está lejos, ni en el tiempo ni geográficamente; a la vez, la Eucaristía es ya prenda de vida eterna. Como explica san Josemaría: «Comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el Cielo» (*Conversaciones*, n. 113).

La libertad que nos ganó Cristo la podemos experimentar en la fuerza que se nos comunica especialmente a través de los sacramentos. Como escribió hace siglos un Padre de la Iglesia, cuando los primeros cristianos se reunían para celebrar la Eucaristía, en medio de muchas persecuciones, allí estaba verdaderamente presente «el signo de la libertad» (Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, IV, 18, 2). Esta noche, al visitar a Jesús sacramentado en las iglesias de Roma, podemos pensar: en la Eucaristía está mi verdadera libertad.

Esta noche, en la que recordamos también la institución del sacerdocio y el lavatorio de los pies de los apóstoles, pidamos a nuestra Madre Santa María que nos ayude a contemplar, admirar, agradecer y vivir con fe y amor nuestro encuentro con Jesús en la Eucaristía. Así sea.

3. Viernes Santo (19-IV-2019)

En el relato que hemos leído de la Pasión, escrito por san Juan, testigo presencial de los hechos, encontramos cuatro escenas en las que podemos escuchar palabras pronunciadas directamente por Jesús: en el huerto de los olivos, interrogado en casa de Anás, durante las conversaciones con Pilatos y, finalmente, desde la Cruz. Los Evangelios recogen muchos momentos en los que Dios hecho hombre habló nuestro lenguaje: desde aquella primera conversación con su Madre, cuando solo tenía doce años, hasta el largo discurso de despedida en la Última Cena. Tenemos sermones, parábolas, explicaciones, que siempre nos dirán cosas nuevas. Sin embargo, las palabras que salen del corazón de Jesús en la Cruz nos llegan especialmente. Esta vez quisiera fijarme en una de esas frases: «Tengo sed» (Jn 19,28).

Desde el punto de vista físico, con el cuerpo destrozado como lo tenía Jesús, la sed seguramente habría llegado mucho tiempo antes. Además, probablemente, no había comido ni bebido desde que fue apresado. Y sobre todo sabemos que, minutos antes de ser crucificado, le habían ofrecido una bebida narcótica para mitigar un poco los dolores, pero Cristo no la tomó (Mt 27,34; Mc 15,23). ¿Por qué ahora, ya clavado al madero por amor a nosotros, a pocos instantes antes de morir, vuelve Jesús a manifestar su sed?

Por un lado, nos lo dice el mismo san Juan: «Para que se cumpliera la Escritura» (Jn 19,28). Son momentos en los que Jesús había querido cargar con nuestros pecados, con nuestros sufrimientos, con nuestras debilidades. El Evangelio nos dice que el Señor, al decir «tengo sed», sabía que todo estaba ya consumado (cfr. Jn 19,28). En esos momentos de máximo dolor, Jesús pensaba en cada uno de nosotros. Por eso, santo Tomás de Aquino comenta que con esa sed intensísima, de quien está casi completamente deshidratado, Jesús quiso manifestar «su ardiente deseo» de salvarnos (cfr. *Super Ioan.*, cap.19, l.5). En otras palabras: esa sed de quien está entre la vida y la muerte es la imagen de cuánto nos quiere Jesús, de cuánto quiere que le abramos nuestro corazón. Es difícil

escuchar esas palabras, comprender su sentido, y pasar de largo. Aprovechemos esta Semana Santa en Roma, en donde podemos incluso admirar algunas reliquias de la Santa Cruz, para dejarnos interpelar por esas palabras de Cristo. Que en el fondo de nuestra alma podamos decir: ¡Jesús, verdaderamente quiero saciar un poco tu sed! ¡Jesús, ayúdame a corresponder a tu amor!

Nos habíamos preguntado: ¿Por qué Jesús manifestó su sed? El Evangelio de san Juan nos deja otra escena en la que el tema de la sed de Cristo también es central: cuando, cansado del camino, Cristo pide agua a una mujer samaritana. Si leemos el pasaje completo nos damos cuenta de que Jesús está pensando en la salvación de aquella mujer. La sed del Señor es una sed que solo es saciada con la paz del alma que se encuentra en su camino. La escena termina con la conversión de la samaritana. Y no solo eso; después, ella vuelve a su ciudad, diciendo: «Venid y ved a un hombre que me ha dicho cuanto hice. ¿No será este el Cristo?» (Jn 4,29). La sed de Jesús transformó rápidamente en apóstol a una mujer que ni siquiera compartía completamente la fe de Israel.

La sed de Cristo se extiende a todos por igual, también a los que no lo conocen todavía o a quienes están un poco alejados: desde la Cruz es imposible ver a las personas de manera superficial. La sed de Jesús se extiende a nuestros amigos, a nuestras familias, a todas las personas que nos rodean. Es significativo que la inscripción que hace poner Pilato sobre la Cruz, como causa de la condena, fue escrita en los tres idiomas principales de aquel tiempo: hebreo, latín y griego. Es una imagen del amor de Cristo en la Cruz, que no se puede contener en una sola lengua.

Estamos aquí personas de lugares muy distintos, pero a todos la Cruz de Cristo nos habla por igual. Decía san Josemaría: «Desde la Cruz ha clamado: *sitio!*, tengo sed. Sed de nosotros, de nuestro amor, de nuestras almas y de todas las almas que debemos llevar hasta Él» (*Amigos de Dios*, n. 202). Nos encontramos aquí, en esta celebración litúrgica, porque Dios ha querido tenernos un poco más cerca. Agradecemos al Señor que nos haya llamado para esta gran tarea de saciar su sed, a pesar de todas nuestras debilidades.

Dentro de unos minutos tendremos la Adoración de la Cruz; acompañemos ese gesto de arrodillarnos y besarla con un fuerte deseo interior de no olvidar lo que Jesús ha hecho por nosotros. Que las imágenes que vemos de la Cruz a lo largo de nuestra jornada, en nuestra mesa de trabajo, en nuestra habitación, en un cuadro, nos recuerden esas palabras de Cristo que hemos meditado – «Tengo sed»– y la tarea de llevar hacia el Señor a las personas con las que nos encontramos en el camino. Para todo esto pedimos ayuda a María, nuestra Madre, que escuchó directamente las palabras de Jesús. Nos conforta la convicción de que, de la misma manera como nunca se separó de su Hijo, ni siquiera en los momentos más difíciles, tampoco se separa nunca de nosotros. Así sea.

4. Vigilia Pascual (20-IV-2019)

El Evangelio que acabamos de escuchar señala la hora aproximada en la que las mujeres corrieron hacia el sepulcro «muy de mañana» (Lc 24,1). Había muerto Jesús, a quien tanto amaban; había sido crucificado quien, desde que lo encontraron, había llenado de sentido la vida de cada una. El mundo para estas mujeres, repentinamente, había vuelto a ser un lugar vacío y confuso. Las últimas noches quizá habrían tenido miedo de ser descubiertas como seguidoras de aquel a quien condenaron a muerte. A estos momentos difíciles, el Papa durante la Vigilia Pascual del año pasado los llamó «las horas del discípulo enmudecido». Y esa puede ser quizá la misma sensación que tendremos también nosotros si estamos un poco alejados de Dios o si nos parece que los problemas

de nuestra familia, de la Iglesia o del mundo son demasiado grandes; en fin: si nos invade algo de inseguridad.

Sin embargo, en el Pregón pascual nos hemos unido a la exclamación de toda la Iglesia: *Haec nox sicut dies illuminabitur*. Esta noche será clara como el día. Sin que dependa de nuestras fuerzas, llega una luz a disipar las tinieblas, de la misma manera que el fuego del cirio pascual, imagen de Cristo, poco a poco a través de las velas, devolvió la luz a esta iglesia de Santa María de la Paz.

«Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere más» (Rm 6,9), nos dice san Pablo en la epístola que hemos leído. Por eso, las mujeres que se acercaron al sepulcro, después de tantas horas de soledad, pueden estar tranquilas: Jesús nunca las va a abandonar. Y eso es lo que hace que esta noche brille más que cualquier otra. No existe oscuridad que la resurrección de Cristo no pueda iluminar. No existe ninguna preocupación tan grande que nos haga olvidar que Cristo es más fuerte que el mal, el pecado y la muerte. Como escribió san Josemaría: «Jesucristo vence siempre» (*Forja*, n. 660). Podemos preguntarnos: ¿recuerdo con frecuencia la resurrección del Señor, que es fundamento de nuestra fe? ¿Soy consciente, en medio de mis dificultades personales, de que Cristo vive y está cerca de mí?

Jesús vive. Esto es lo que los ángeles ayudan a comprender a las mujeres que acudieron al sepulcro. «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?» (Lc 24,6). En ese momento, quizá las palabras del Maestro acuden a su recuerdo, las relacionan con lo que veían y hacen suya la verdad del anuncio: Jesús está vivo. Entonces cambia completamente su actitud: de estar «enmudecidas», como si no tuvieran nada dentro para compartir, pasan a rebosar de alegría. Cambian, como dice el profeta Ezequiel en una de las lecturas, su corazón de piedra por un corazón de carne (cfr. Ez 11,19), por un corazón que piensa inmediatamente en los demás. Necesitan correr. No pueden aguantar un segundo más sin comunicar esta noticia a los apóstoles. Pidamos al Señor que esta Pascua sea para nosotros lo mismo que fue para aquellas santas mujeres. Que encontremos en Cristo resucitado la alegría para despertar a la felicidad a las personas que nos rodean. Dios cuenta con nuestra vida para disipar el miedo de quienes, por una razón u otra, dudan de la fuerza de Jesús para vencer la muerte y el mal.

¿Y cuál es la primera reacción de los apóstoles? ¿Cómo reaccionan esos hombres que, con el tiempo, tendrán el valor de ir por todo el mundo anunciando la resurrección de Jesús hasta el martirio? Curiosamente, ellos creen que las mujeres desvarían (cfr. Lc 24,11). Así de profundo era su desánimo. Piensan que es imposible que eso haya sucedido. Pero Cristo resucitado destruyó todos los cálculos pesimistas. Al poco tiempo estaban hablando de Jesús abiertamente en sus casas, en sus trabajos, en las plazas públicas. Con los años irían por muchos caminos hasta llegar también a Roma, desde donde se expande la noticia de la Resurrección a todo el mundo conocido, ciertamente con muchas dificultades y persecuciones.

Haec nox sicut dies illuminabitur. Habíamos dicho, uniéndonos a toda la Iglesia en el Pregón pascual, que esta noche será clara como el día. Esta noche no es noche. Llenémonos de alegría como la de aquellas mujeres porque Jesús está vivo, porque nunca más estaremos solos. Llenémonos de una alegría como la de los apóstoles, que se renueve cada día, y que nos permita llevar el mensaje de la Resurrección, desde Roma, a todos los rincones del mundo, especialmente a las personas que tenemos más cerca. A san Josemaría le gustaba pensar que la primera persona a la que Cristo resucitado habrá visitado es a su Madre. Pidámosle a María que, cuando esté por aparecer el desánimo en nuestro camino, cuando nos llegue «la hora del discípulo enmudecido», nos recuerde que Jesús vence siempre. Así sea.

5. Memoria del beato Álvaro del Portillo (12-V-2017)

Acabamos de acompañar el canto del Salmo 23 con una oración hecha de escucha y respuesta: «El Señor es mi pastor: nada me falta». (Sal 23 [22],1). Estas palabras, con las que el salmista invita a cada uno de nosotros a confiarnos a Dios, ¿han echado raíces profundas en nuestro corazón? ¿Estamos convencidos de que no nos falta nada, porque Él está cerca de nosotros, porque es nuestro pastor, porque nos conoce y nos comprende verdaderamente? ¿Le pedimos, al menos, que haga esta convicción cada vez más fuerte en nosotros? Nos hará bien meditar a menudo estos versículos llenos de confianza: «En verdes praderas me hace descansar, me conduce hacia fuentes tranquilas. Conforta mi alma» (Sal 23 [22],2). Él, y solo Él, es capaz de dar a nuestro corazón el descanso que necesita.

Quienes hemos conocido al beato Álvaro estamos de acuerdo en destacar un aspecto de su figura – se veía enseguida– que era mucho más que un rasgo de su personalidad: la paz y la serenidad. No fue, me gustaría subrayar, simplemente algo temperamental: si pudo inculcar la paz allá donde estaba, fue porque se refugió en la paz y en la fuerza de Dios.

Don Álvaro fue un buen pastor que cuidó del rebaño del Opus Dei porque se dejó guiar y proteger por Jesús, el Buen Pastor que conoce a sus ovejas (cfr. Jn 10, 14). Pidamos al Señor, por intercesión del beato Álvaro, que nos ayude a ser hombres y mujeres de paz. En nuestros días, en los que a menudo percibimos una fuerte falta de serenidad en la vida social, en el trabajo, en la familia (...) se hace cada vez más urgente que los cristianos seamos, según la expresión de san Josemaría, «sembradores de paz y de alegría». La paz del mundo, quizás, depende más de nuestras disposiciones personales, ordinarias y perseverantes para sonreír, perdonar, quitarnos importancia... que de las grandes negociaciones de los Estados, por muy importantes que sean.

Incluso en los momentos difíciles de la vida del mundo y de la Iglesia, al beato Álvaro no le faltó serenidad, lo que, junto con su prudencia y fortaleza, le dio el temple de un buen pastor. Fue, por lo tanto, para muchos, un guía seguro y un verdadero Padre. Ciertamente se le pueden aplicar las palabras con las que san Josemaría abrió su corazón a un grupo de fieles del Opus Dei: «Vuestras preocupaciones, vuestros dolores, vuestro celo, son para mí un continuo reclamo. Quisiera, con este corazón de padre y de madre, llevar todo sobre mis hombros» (6-X-1968). Así vivió don Álvaro, con esa actitud de la que nos hablan las palabras del profeta que acabamos de escuchar: «Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas» (Ez 34,12).

Son muchas las manifestaciones de su caridad pastoral, atestiguadas por las más variadas personas: todas ellas encontraron un lugar en su corazón y en su dedicación, que iba más allá de las limitaciones físicas debidas al cansancio, a la enfermedad o a la edad. El decreto que reconocía las virtudes heroicas del beato Álvaro identificaba la fidelidad como el hilo conductor que las unía: «Fidelidad indiscutible a Dios, sobre todo en el cumplimiento dispuesto y generoso de su voluntad; fidelidad a la Iglesia y al Papa; fidelidad al sacerdocio; fidelidad a la vocación cristiana en todo momento y en toda circunstancia».

Jesús también espera que le sigamos fielmente: fieles a la vocación cristiana, al compromiso de crecer progresivamente en la identificación con Jesucristo, en las múltiples actividades de la vida ordinaria, con la fuerza que recibimos en la escucha de la Palabra de Dios, en la oración y en la

recepción de los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía. Debemos mostrar a muchos que Dios los ama, que por ellos –por cada uno de ellos– Jesucristo dio su vida en la Cruz. En palabras del papa Francisco: «La alegría del encuentro con Él y de su llamada lleva a no cerrarse, sino a abrirse; lleva al servicio en la Iglesia» (Sermón 6-VII-2013). En enero de 1989, durante una peregrinación a Fátima, el beato Álvaro dirigió una oración en voz alta a la Virgen. Le dijo: «Sé que siempre nos escuchas, pero en todo caso hemos venido de Roma para decirte lo que sabes bien: que te amamos, pero que queremos amarte más. Ayúdanos a servir a la Iglesia como ella quiere ser servida: con todo el corazón, con total compromiso, con lealtad y fidelidad». Te pedimos, beato Álvaro, que nos obtengas esta gracia del Señor: servir a la Iglesia por amor a Dios, cada uno desde su lugar en el mundo, con sus compromisos, con sus planes, con sus dificultades.

He querido leeros estas palabras del beato Álvaro hoy, en la víspera del centenario de las Apariciones de Nuestra Señora de Fátima. El Santo Padre fue a ese lugar tan querido por todos los cristianos. También nosotros podemos asomarnos a Cova de Iría, en esta misa. Y en el mes de mayo, especialmente dedicado a María, hagámoslo también con el Rosario, la oración preferida de la Virgen. Mientras acompañamos al papa Francisco en su camino, dirijamos a nuestra Madre las palabras que él le dirigió en un acto de consagración a Nuestra Señora de Fátima en octubre de 2013: «Custodia nuestra vida entre tus brazos: bendice y refuerza todo deseo de bien; reaviva y alimenta la fe; sostiene e ilumina la esperanza; suscita y anima la caridad; guíanos a todos nosotros por el camino de la santidad» (13-X-2013). Que así sea.

6. Memoria del beato Álvaro del Portillo (11-V-2019)

Celebramos la festividad del beato Álvaro del Portillo, el queridísimo don Álvaro. Han transcurrido casi cinco años desde su beatificación. El tiempo pasa rápido, pero conservamos bien en la memoria aquellos días de alegría pasados en Madrid. Serían muchos los aspectos en los que nos podríamos fijar al recordar la vida de quien fue el primer sucesor de san Josemaría. Me quería detener ahora en su confianza en Dios.

Los textos de la Misa de hoy nos hablan de este aspecto, al delinear la figura del buen pastor. En la primera lectura, escuchamos palabras del profeta Ezequiel. La situación del pueblo de Israel estaba en un momento muy crítico. Jerusalén había sido destruida y gran parte del pueblo había sido deportada al extranjero. Los israelitas esperaban a alguien capaz de llevarlos de vuelta a su tierra. Sin embargo, los planes de Dios siempre superan nuestros cálculos. Esta vez, dice por boca de Ezequiel: «Yo mismo buscaré mi rebaño. (...). Yo mismo pastorearé mis ovejas. (...). A la que esté herida la vendaré y curaré a la enferma» (Ez 34,11-16). El profeta, sorprendentemente, va mucho más allá de lo que sus contemporáneos podían esperar: llama al pueblo a poner la esperanza directamente en Dios y no en las soluciones meramente humanas.

Don Álvaro era una persona de grandes cualidades naturales y sobrenaturales. Sabía que la gracia de Dios podía hacer en su vida mucho más de lo que él era capaz de imaginar. Al ser elegido para hacer cabeza en el Opus Dei, decía: «Tengo unas dificultades grandísimas, que son todos mis pecados, pequeñeces y miserias. Pero sé que Dios Nuestro Señor (...) da unas gracias proporcionadas a lo que pide a cada uno».

En el Evangelio que hemos escuchado, Jesús se presenta como Buen Pastor. Y a los motivos que nos había señalado el profeta para confiar en Dios, añade uno más: el Pastor «da la propia vida por las ovejas» (Jn 10,11). Así, la imagen del pastor llega a su punto más pleno: Cristo es quien nos

busca para cargarnos sobre sus hombros; Cristo es quien venda y cura nuestras heridas; Cristo es el mismo Dios que da su vida en la Cruz por nosotros. Después de haber proclamado esto en el Evangelio, ¿cómo no confiar en un Dios que da la vida por nosotros?

El Papa, en numerosas ocasiones, nos ha animado a tener presente que, como escribe san Pablo, Dios es quien obra en nuestra vida, tanto al querer hacer algo bueno, como al ponerlo por obra (cfr. Fil 2,13). A veces, sobre todo en algún momento de desánimo, puede suceder que confiemos poco en la gracia de Dios e intentemos apoyarnos en otras seguridades (cfr. *Gaudete et exultate*, n. 50): en nuestras fuerzas, en nuestras ideas, nuestros planes. El Señor cuenta con todo esto pero también nos dice: Yo soy el Pastor en el que puedes confiar. ¿Puede existir algo más eficaz que Su propia fuerza?

En este sentido, el beato Álvaro utilizaba frecuentemente una jaculatoria, que es manifestación clara de esta confianza en el poder de Dios. La jaculatoria era: «Gracias, perdón, ayúdame más». Son palabras que manifiestan gratitud frente a lo que no merecemos, reconocimiento de la propia debilidad, y petición de la fuerza necesaria para alcanzar la felicidad más grande, que es la unión con Dios. Son palabras que están entre las primeras que enseñan las madres a sus hijos pequeños. Pidamos a Dios ese corazón de niños que se saben realmente incapacitados sin la ayuda de su padre. San Josemaría, cuando en alguna reunión familiar se refería a su necesidad de la gracia de Dios, decía que vivía «con las manos extendidas», pidiendo la limosna del Señor.

Pidamos, por la intercesión de don Álvaro, que nuestra confianza en el amor de Dios por nosotros sea cada día más profunda, como fue la suya. Así podremos comprender mejor que el Señor Jesús, Buen Pastor, es quien nos guía y llena nuestra vida de fruto sobrenatural, que nos llega siempre por la mediación materna de Santa María. Así sea.

7. Misa de acción de gracias por la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landáuri (19-V-2019)

El actual tiempo litúrgico está caracterizado por la alegría ante la resurrección de Jesucristo. Todavía permanece en nuestra memoria la experiencia de aquel discípulo joven que, frente al sepulcro vacío de Jesús, «vio y creyó» (Jn 20,8). Se trató del suceso más decisivo de la historia: Dios que se hace hombre y vence al pecado y a la muerte. Acontecimiento decisivo para la vida de cada uno de nosotros. Y hoy, con esta alegría pascual, agradecemos a Dios la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landáuri, proclamada por el papa Francisco como modelo de santidad.

En el salmo de la Misa, hemos elevado un canto de júbilo: «Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, (...) que hablen de tus hazañas» (Sal 144,10–11). Innumerables son las hazañas que ha realizado Dios a lo largo de la historia; sobre todo, la Encarnación redentora del Hijo de Dios en Jesucristo, en quien se nos ha revelado plenamente que «Dios es amor» (1 Jn 4,8).

Las hazañas de Dios no han terminado; su poder se sigue manifestando en la historia. A san Josemaría le gustaba recordar, con las palabras del profeta Isaías: *Non est abbreviata manus Domini* (Is 59,1): «No se ha hecho más corta la mano de Dios: no es menos poderoso Dios hoy que en otras épocas» (*Es Cristo que pasa*, n. 130). El mismo Señor quiere seguir manifestándose de muchos modos; también a través de los santos. Cada santo es una hazaña de Dios; una manera de hacerse presente en nuestro mundo; es «el rostro más bello de la Iglesia» (Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 9).

Guadalupe Ortiz de Landázuri es el primer fiel laico del Opus Dei propuesto por la Iglesia como modelo de santidad. Antes ya lo habían sido su fundador, san Josemaría, y su primer sucesor, el beato Álvaro. Esto nos recuerda especialmente la llamada que Dios nos hace a todos para que seamos santos, como predicó san Josemaría desde 1928 y constituye una de las principales enseñanzas del Concilio Vaticano II (cfr. *Lumen Gentium*, cap. V). Esto es lo que la nueva beata procuró llevar a las personas que le rodeaban: la convicción de que la unión con Dios está, con la gracia divina, al alcance de todos, en las circunstancias de la vida ordinaria.

A sus treinta y siete años, desde México, Guadalupe explicaba en una carta al fundador del Opus Dei: «Quiero ser fiel, quiero ser útil y quiero ser santa. La realidad es que todavía me falta mucho. (...). Pero no me desanimo, y con la ayuda de Dios y el apoyo de usted y de todos, espero que llegue a vencer» (Carta del 1-II-1954). Ese breve apunte, «quiero ser santa», es el desafío que aceptó Guadalupe para su vida y que la llenó de felicidad. Y para conseguirlo no tuvo que hacer cosas extraordinarias. A los ojos de las personas que le rodeaban era una persona común: preocupada por su familia, yendo de aquí para allá, terminando una tarea para empezar otra, tratando de corregir poco a poco sus defectos. Allí, en esas batallas que parecen pequeñas, Dios realiza grandes hazañas. También las quiere realizar en la vida de cada una y cada uno de nosotros.

Las lecturas de esta Misa también nos llevan a considerar algunas actitudes propias del cristiano. En la primera, vemos a Pablo y a Bernabé visitando comunidades cristianas que se habían formado durante aquellos primeros años. Los dos se habían lanzado, desde hacía poco tiempo, a dar a conocer a Cristo entre toda clase de personas. La gente recibía con sorpresa su testimonio: unas veces con efusividad, incluso creyéndolos dioses (cfr. Hch 14,11), y otras veces con rechazo violento. Esta vez, por ejemplo, Pablo acababa de ser apedreado en Listra por una muchedumbre agitada por personas llegadas de Iconio y Antioquía. Después de golpearlo, lo habían arrastrado fuera de la ciudad y abandonado allí, pensando que estaba muerto (cfr. Hch 14,19). Sin embargo, la lectura de hoy es sorprendente: nos dice que «Pablo y Bernabé volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, animando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe» (Hch 14,21–22). No se contentaban con reservar solo para ellos la alegría de haber recibido a Cristo en sus vidas. Necesitaban contar al mundo que existía una paz más profunda que habían encontrado, finalmente, junto a Jesús. Consideraban que esta misión era lo más importante, por encima de su bienestar material, de sus comodidades o de su situación social. Y esto hace que vuelvan a la ciudad, a pesar de que allí estaban quienes se oponían a su mensaje. Regresan a confortar, a rezar y a ofrecer sacrificios (cfr. Hch 14,22-23). No regresan a devolver mal por mal, sino —como le gustaba repetir a san Josemaría— a ahogar el mal en abundancia de bien (cfr. *Surco*, n. 864).

La beata Guadalupe también descubrió la importancia y la alegría de llevar a las personas el consuelo de la amistad con Cristo. Lo hizo impulsada por su encuentro con san Josemaría y con el Opus Dei. Y desde entonces, su historia, en muchas cosas tan parecida a la nuestra, se empezó a transformar, más vivamente, en una hazaña de Dios. Ella también tuvo que hacer numerosos viajes: Madrid, Bilbao, México, Culiacán, Monterrey, Tacámbaro, Roma... También tuvo que hacer frente a tareas que exigían mucho trabajo, a una enfermedad del corazón que le quitaba fuerzas, a una multitud de dificultades cotidianas. Pero comprendió que lo mejor que podía dar era lo mismo que san Pablo: llegar a la identificación con Cristo, y con Él y en Él confortar con la alegría del Evangelio a las personas que encontraba en su camino. Estar disponible para los demás. Un día, pensando en toda esta tarea que tenía por delante, escribió a san Josemaría: «Y todo esto, conociéndome a mí como me conoce, ¿verdad que me viene grandísimo? Pero no me desanimo ni me asusto, solo le pido una oración para que nunca, en nada, por pequeño o grande que sea, deje de hacer lo que Dios quiere» (Carta del 15-III-1951).

Nosotros también tendremos dificultades en nuestro camino: momentos de cansancio, dolores físicos, incomprendiones... Entonces es el momento de recordar la actitud de los santos: encontrar, en nuestra relación con Jesús, la manera de dar ánimo, confortar y llenar de bien el lugar en el que nos encontremos. En este sentido, en la segunda lectura hemos escuchado estas palabras del Señor: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Es apoyándonos en Él como podremos, a pesar de nuestra poquedad y debilidad, ser para los demás «consuelo de Dios».

En el Evangelio de esta Santa Misa, nos encontramos con el *mandamiento nuevo*: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Jesús señala que esa será la manera de identificar a un cristiano a lo largo de los siglos: si somos portadores de Su amor, con un amor desinteresado hacia todas las personas como hijas de un mismo Padre. Esta ha sido la principal característica de los santos. A la nueva beata Guadalupe Ortiz de Landázeni le permitió tender puentes y ofrecer su amistad a personas de todo tipo: gente alejada de la fe, gente de países muy distintos y de edades muy variadas.

Dentro de pocos minutos se repetirán las palabras que Jesús pronunció en la Última Cena. Entonces, se hará presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Preparémonos para recibirle y así poder abrirnos más plenamente a las hazañas que Dios quiere realizar a través de cada uno de nosotros. Dejemos que el Señor nos vaya transformando por medio de la Eucaristía y que siga escribiendo la verdadera historia de nuestro mundo. Pidamos también ayuda a nuestra Madre, *Regina Coeli*, que nunca nos falte ese deseo de santidad que movió a Guadalupe a querer llevar por todo el mundo el amor y el consuelo de Jesucristo. Así sea.

8. Misa de acción de gracias por la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landázeni (21-V-2019)

«Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios» (Sal 102,2). Con este salmo, que hemos cantado hace unos minutos, manifestamos también nuestra alegría por la beatificación de Guadalupe Ortiz de Landázeni. Y, mientras agradecemos al Señor y al papa Francisco haber propuesto a Guadalupe como modelo de santidad, no olvidemos –como nos invita el salmista– todos los beneficios, todas las misericordias que tiene el Señor con nosotros.

Al mirar la vida de Guadalupe, entre la riqueza de aspectos que se pueden resaltar, uno de los que llaman especialmente la atención es su alegría. Se trataba de una alegría profunda, no superficial, que generaba serenidad en los momentos difíciles, que le permitía ser amable con personas muy diversas, que era compatible tanto con el trabajo intenso como con el descanso... ¿Cómo podemos conseguir que la alegría sea una realidad permanente en nuestra vida? Esa alegría sobrenatural nace de la unión con Dios.

En la primera lectura, vemos que los primeros cristianos ponían a disposición de los apóstoles todos sus bienes, no solo los materiales; podemos imaginar que lo harían también con sus talentos personales. Esta actitud solo puede ser consecuencia del convencimiento de que nuestros propios planes no son la última palabra: Dios siempre sabe más.

La alegría y la fecundidad de quien confía en Dios han sido constantes en la historia de la salvación. Abraham entregó su futuro a Dios y llegó a ser origen de una inmensa descendencia (cfr. Gn 12,1-2). Moisés puso su futuro en manos de Dios y liberó a los suyos de la esclavitud (cfr. Ex 3,10). Los profetas entregaron su futuro a Dios y se convirtieron en su voz ante el pueblo (cfr. Jer 1,9). Los apóstoles abandonaron su futuro en Dios y llegaron a ser las columnas de la Iglesia (cfr. Mt 4,19).

Todos tuvieron que superar, de alguna manera, sus cálculos humanos para responder a la llamada del Señor. Ninguno se lanzó a una empresa absolutamente controlada. San Josemaría, que se lanzó a seguir el querer de Dios para fundar el Opus Dei sin ningún medio humano, escribió, justamente durante aquellos primeros años, que la alegría sobrenatural «procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios» (*Camino*, n. 659).

Guadalupe estaba siempre alegre porque dejó que Jesús la guiara y que Él se encargara de llenar su corazón. Desde el momento en que vio que Dios le llamaba a santificarse en el camino del Opus Dei, fue consciente de que esa misión no era simplemente un nuevo plan terreno, ciertamente ilusionante. Se dio cuenta de que era algo sobrenatural, preparado por Dios desde siempre para ella. Y, dejándose llevar por esta certeza de fe, Dios la premió con una fecundidad que no podía siquiera sospechar y con una felicidad –el ciento por uno, que prometió Jesús a sus discípulos– que podemos percibir en sus cartas recientemente publicadas.

El Papa escribe que cuando descubrimos, por la fe, la grandeza del querer de Dios, «recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro» (*Lumen fidei*, n. 4). Guadalupe, recordando el momento en que se encontró por primera vez con san Josemaría, escribía: «Tuve la sensación clara de que Dios me hablaba a través de aquel sacerdote. (...). Sentí una fe grande, fuerte reflejo de la suya» (En M. Eguíbar, 2001, p. 271). Pidámosle al Señor, por intercesión de Guadalupe, que nos dé y nos perfeccione esos ojos nuevos de la fe, para poder mirar nuestro futuro tal como Él lo hace.

Otra fuente, de la que manaba esa alegría sobrenatural que caracterizaba a Guadalupe, era su decisión de servir a los demás. Buscar en todo los propios gustos y la propia comodidad podría parecer la clave para estar alegres. Sin embargo, no es así. Jesucristo señala que quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos (cfr. Mc 9,35); que Él mismo había venido a la tierra para servir (cfr. Mt 20,28); e insistió, en otro momento, que su lugar entre los hombres es «como el que sirve» (Lc 22,27). Y en la Última Cena, se arrodilló ante sus apóstoles y lavó los pies de cada uno, y les dijo después: «Vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. (...) Si comprendéis esto y lo hacéis, seréis bienaventurados» (Jn 13,14-17).

Guadalupe pudo alcanzar esa alegría que se desprende de sus escritos y de su vida, también porque cada mañana, al despertarse, su primera palabra, dirigida al Señor, era: *Serviam!* ¡Serviré! Y se trataba de un propósito que quería vivir en cada momento del día. La alegría de Guadalupe estaba en la unión con Jesucristo, que le llevaba a olvidarse de sí misma, procurando comprender a cada persona, para ayudarla mejor, buscando el trabajo menos agradable para facilitar el de los demás. En la segunda lectura hemos escuchado a san Pablo: «Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús» (Flp 3,8). Un camino muy directo para conocer a Cristo es el servicio. Lo sabía bien por experiencia san Josemaría, cuando explicaba que «solo sirviendo podremos conocer y amar a Cristo, y darlo a conocer y lograr que otros más lo amen» (*Es Cristo que pasa*, n. 182).

No nos dejemos engañar buscando la alegría en nuestra propia comodidad. ¡Atrevámonos a servir a los demás! Con pequeños y grandes actos de servicio nos pareceremos cada vez más a Jesucristo, y llegaremos a tener una alegría sobrenatural, también en medio de dificultades y sufrimientos.

Finalmente, fijémonos en un aspecto que pone de relieve el Evangelio de hoy y que también ofrece luz sobre la vida de Guadalupe. Jesús, después de haber expuesto en las bienaventuranzas el camino hacia la verdadera felicidad, nos invita a cada uno a ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5,13–14). No estamos destinados a una tarea menos importante ni menos universal que esa: ser sal y ser

luz. Como el fuego del cirio que iluminó la oscuridad en la Vigilia Pascual, Jesús quiere que cada uno de nosotros disipe las tinieblas de nuestro entorno: que, como Guadalupe, llevemos la luz de la alegría de nuestra amistad y de nuestro cariño a los demás. Conservemos esa sal del Evangelio, fruto de una profunda fe, para que al confiar nuestro futuro a Dios gocemos sirviendo a quienes nos rodean.

En una meditación, san Josemaría nos invitaba, precisamente, a agradecer al Señor esa invitación para ser sal y luz, «porque –decía– se ha dignado buscarnos como un granito de sal, como un poquito de luz, para poner toda la sal suya, toda la luz suya, y lograr estas maravillas en el servicio de las almas, en servicio de la Iglesia, en todo el mundo» (Meditación, 2-X-1964). Estos días, que hemos vivido al ritmo de la beatificación de Guadalupe, nos recuerdan una vez más que la santidad –a la que el amor de Dios nos llama– es para todos una posibilidad real. El camino hacia esa meta, con la fuerza del Espíritu Santo que nos identifica con Jesucristo, se recorre en servicio a los demás.

Le pedimos ayuda a nuestra Madre Santa María que, tras aquellas palabras –«hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38)–, «se levantó y marchó deprisa» (Lc 1,39) para servir a su prima Isabel. Así sea.

9. Memoria de san Josemaría (26-VI-2018)

«Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rm 8,14). Estas palabras de san Pablo expresan la altísima vocación a la que estamos llamados: ser hijos de Dios. En efecto, si – como relata el libro del Génesis– en el origen, el hombre recibió la vida por el soplo de Dios (cfr. Gen 2,4), Jesucristo nos ha enviado de Dios Padre el Espíritu Santo, que nos lleva a una existencia nueva, en la que podemos reconocer el rostro del Padre y exclamar: «¡Abbá, Padre!» (cfr. Rm 8,15).

¡Cuántas veces meditó san Josemaría sobre estas palabras que nos propone la Misa de hoy! Un día de 1931, sintió que el Espíritu Santo las había puesto en su corazón y que brotaban de sus labios mientras estaba en un tranvía de Madrid. Él mismo recuerda que, durante un largo tiempo, estuvo repitiendo por las calles «¡Abbá, Padre!». El Paráclito grabó en su alma una nueva y más profunda certeza de saberse hijo de Dios y comprendió el sentido de la filiación divina como fundamento de la vida espiritual. Se abrió ante su mirada un panorama entusiasmante. ¡Somos hijos de Dios en Cristo!; partícipes de la filiación eterna del Unigénito de Dios Padre.

Hoy podemos preguntarnos si, como nos sugiere san Pablo, la conciencia de ser hijos de Dios informa, empapa, todas las dimensiones de nuestra vida. Considerar frecuentemente, con fe, nuestra filiación divina, nos ayudará a recorrer con esperanza, día a día, a pesar de nuestra debilidad, el camino hacia la identificación con Cristo, hacia la santidad, como nos dice san Josemaría: «Comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día» (*Es Cristo que pasa*, n. 75).

¿Sentimos la libertad y confianza que nos ofrece nuestro ser hijas e hijos de Dios? Pues no hemos recibido «un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor» (Rm 8,15): el temor al fracaso, que a veces congela los esfuerzos para emprender nuevas iniciativas de servicio a los demás; el temor a perder las falsas seguridades que dan la comodidad y el egoísmo; el temor, en definitiva, a adentrarnos en ese mar maravilloso de la vida de oración que promete, junto con muchas alegrías, una existencia de entrega, en la que no faltarán «los padecimientos del tiempo presente» que, sin embargo, «no son comparables con la gloria futura» (Rm, 8,18).

El Señor nos dice como a Pedro: «Guía mar adentro» (Lc 5,4). Que es como si nos dijera: confía en tu verdad más íntima, el ser hijo de Dios, y no tengas miedo de caminar por el mundo que, a veces, se presenta como un mar revuelto. En efecto, puede ser que las cosas no marchen como idealmente habíamos previsto, que en el trabajo nos encontremos con el revés en un proyecto, que alguna persona querida dé la espalda a Dios, que se presenten, en fin, sucesos inesperados o adversos... Y se pueden insinuar en nuestra mente las respuestas de Pedro: «Hemos estado bregando durante toda la noche y no hemos pescado nada» (Lc 5,5), «apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8). En esos momentos, cuánto ayuda hacer un buen rato de oración, y oír como dirigido realmente también a nosotros a Jesús que nos dice «¡No temas!» (Lc 5,10).

El papa Francisco nos dice a cada uno: «La santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cfr. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: “Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor”» (Ex. Ap. *Gaudete et exsultate*, n. 15).

El Espíritu Santo nos enseña a vivir como hijos de Dios, y nos impulsa a que ayudemos a descubrir esta verdad a las personas que encontramos en el camino de nuestra vida. Todos escuchamos, con los Apóstoles, la voz imperiosa y estimulante de Jesús: «echad la red para la pesca» (Lc 5,4). Una pesca, a la que a todos los cristianos estamos llamados: ayudar a muchas personas a secundar la acción del Espíritu Santo que, en Cristo, les lleve a Dios Padre. Y esto en la vida ordinaria: en la familia, en el trabajo, en las relaciones de amistad y de vecindad... Por ejemplo, cuando los padres y madres toman en sus brazos a un hijo pequeño que se ha caído y se ha hecho daño, y lo rodean con su cariño, le están transmitiendo el amor de Dios Padre, «del cual –como escribe san Pablo– toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Ef 3,15). En esos y en otros muchos momentos, los padres son instrumento de los cuidados de nuestro Padre Dios.

También entre amigos se puede realizar esa maravilla: por ejemplo, cuando se escucha con atención, con verdadero interés y afecto, a alguien en dificultad, y se le apoya con oración y, si es el caso, con un oportuno consejo, entonces se está ayudando a recordar que no está solo, que tiene un Padre en el Cielo y hermanos en la tierra.

Para concluir, podemos hacer propia la petición de la oración que rezaremos después de la Comunión: «Los sacramentos que hemos recibido en la fiesta de san Josemaría, fortalezcan en nosotros el espíritu de hijos adoptivos para que, fielmente unidos a tu voluntad, recorramos con alegría el camino de la santidad». En este camino, encontraremos siempre a nuestra Madre, Santa María, que nos acompaña.

10. Memoria de san Josemaría (26-VI-2019)

En el Evangelio que acabamos de escuchar, san Lucas nos cuenta que «la multitud se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios» (Lc 5,1). Aquel día muchas personas rodeaban a Cristo; tantas, que era difícil que todos le escuchasen con claridad. Se encontraban a la orilla de un lago y no había una colina cercana en la que Jesús pudiese situarse mejor, tal como lo había hecho en otras ocasiones. Entonces decide subir a una barca y apartarse un poco de la tierra firme. El Señor conocía perfectamente los corazones de aquellas gentes; aunque unos estarían allí por curiosidad, otros por simple coincidencia, otros por verdadera sed de Dios, Jesús sabía que todos necesitaban de su palabra para descubrir el sentido de sus vidas.

Contemplando a Cristo que desea dejarse ver por la multitud que le busca, podemos preguntarnos: ¿Se trata simplemente de una escena del pasado? ¿Ver a Jesús rodeado de tanta gente no es la imagen de un mundo que en nuestros días ya no existe?

San Josemaría, cuya festividad celebramos, al meditar este mismo pasaje, concluía que aquello que había sucedido hace dos mil años sigue sucediendo siempre: todos «están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen»; todos, aunque muchas veces no tienen las palabras ni las fuerzas para expresar ese deseo, «sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor» (*Amigos de Dios*, n. 260 y ss.). De manera similar se han expresado, en estos últimos años, los Romanos Pontífices. El papa Francisco, por ejemplo, nos invita a dar a conocer a Jesús a quienes «buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro» (*Evangelii gaudium*, n. 15). Benedicto XVI, después de comparar nuestro tiempo a un desierto que anhela refrescarse con el agua viva, reconoce que ahora «son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita» (Homilía, 11-X-2012).

Existen tantos testimonios de personas que, ante el descubrimiento de la alegría que trae a sus vidas el camino cristiano, exclaman: ¡Pero yo no sabía! ¡Nadie me lo había dicho! ¡Yo pensaba que era otra cosa! Por eso, la escena que nos narra san Lucas no pertenece a un mundo del pasado. La gente quiere agolparse alrededor de Jesús porque busca sin cesar cosas buenas y bellas que llenen su corazón; todos tenemos, en lo más profundo de nuestra alma, anhelos que solo Él es capaz de saciar. Pidamos a Dios que nos haga capaces de reconocer esa nostalgia de su rostro, esos signos de la sed de Cristo en las demás personas. Pidamos a Dios que sepamos transmitir su verdadera imagen a quienes nos rodean; la imagen de ese Cristo que busca alejarse un poco de la orilla para que todos, hasta los más alejados, puedan verlo y escucharlo.

Al final de este pasaje del Evangelio, Jesús invita a Pedro, a Santiago y a Juan a seguirle como discípulos. Es impresionante pensar que, tan solo unos pocos años después, su afán apostólico haya llevado la Buena Nueva a muchos lugares importantes de la época; también hasta Roma. Los primeros cristianos, a pesar de enfrentar persecuciones e incomprendiones, sabían que el mundo les pertenecía. San Pablo, en la segunda lectura, enuncia con toda claridad la convicción que les llenaba de confianza: «Si somos hijos, también herederos» (Rom 8,17).

Efectivamente: este mundo es parte de nuestra herencia. En la primera lectura se dice que Dios colocó al hombre en el mundo «para que lo trabajara y lo custodiara» (Gn 2,15). Y en el salmo que cantamos –y que san Josemaría rezaba todas las semanas– se nos dice que, a través de Cristo, tenemos como herencia todas las naciones y que poseemos como propia toda la tierra (cfr. Sal 2,8). La Sagrada Escritura nos lo dice claramente: este mundo es nuestro, es nuestro hogar, es nuestra tarea, es nuestra patria.

Por eso, al sabernos hijos de Dios, no podemos sentirnos extraños en nuestra propia casa; no podemos transitar por esta vida como visitantes en un lugar ajeno ni podemos caminar por nuestras calles con el miedo de quien pisa territorio desconocido. El mundo es nuestro porque es de nuestro Padre Dios. Como enseña santo Tomás de Aquino: todo está sometido a su gobierno omnipotente, nada se escapa a su misericordia, aunque muchas veces nosotros no alcancemos a verlo (*Summa*, I, q. 103, a.5, risp.). Estamos llamados a amar este mundo, no otro en el que pensamos que tal vez nos sentiríamos más a gusto; solo podemos amar a las personas concretas que nos rodean, a los desafíos concretos que tenemos por delante. No se puede emprender una tarea apostólica con la resignación de quien preferiría otro momento.

Cuando san Josemaría invitaba a amar el mundo apasionadamente, muchas veces nos ponía en guardia frente a esa «mística ojalatera» que pone condiciones al terreno que quiere evangelizar, pensando: «Ojalá las cosas fueran distintas». Pidamos al Señor la capacidad de ilusionarnos con esta misión que nos ha confiado, como un hijo que se entusiasma por trabajar en las tareas de su propia casa.

Este día, en el que dirigimos nuestra mirada especialmente hacia san Josemaría, podemos tomar ejemplo de su fe para lanzarse a empresas que parecían imposibles, en un tiempo que en no pocos aspectos era más complicado y difícil que el nuestro. Dejémonos contagiar por esa confianza de nuestro Padre, que nos lleva a amar este mundo que hemos recibido por herencia y a procurar colmar esa nostalgia de Cristo en tantas personas con las que nos encontramos. Para esto nos apoyamos muy especialmente en la mediación de Nuestra Madre Santa María, que vela con amor y paciencia materna por la felicidad de todos sus hijos. Así sea.

11. Inauguración del año académico 2019-2020 de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (7-X-2019)

La primera lectura que hemos escuchado nos introduce en la gran fiesta judía de Pentecostés: en aquellos días, muchos israelitas peregrinaban a Jerusalén. Habían pasado casi dos meses desde la crucifixión. Era la primera vez que los discípulos de Jesús habrían pasado esa fiesta sin su Maestro. La ciudad estaba llena de extranjeros, gente desconocida, que venían «de todas las naciones bajo el cielo» (Hch 2,5), incluso de Roma. Después de la narración de la venida del Espíritu Santo, los Hechos de los Apóstoles hacen referencia a un hecho que nos atañe a todos, también a los que estamos aquí reunidos: todos escucharon a los discípulos hablar de las «grandes obras de Dios» (Hch 2,11).

Hoy comienza un nuevo año académico –el trigésimo quinto– de esta universidad pontificia. Se podría decir que, como la gente que se reunió entonces en Jerusalén, venimos de todas las naciones bajo el cielo. También se podría decir que nuestro deseo, como el de los discípulos reunidos, es hablar de las grandes obras de Dios. Por eso, celebramos la Misa votiva del Espíritu Santo; porque, como Jesús nos dice en el Evangelio que acabamos de proclamar, es el Paráclito quien «nos enseñará todas las cosas» (Jn 14,26) para que nosotros, a su vez, podamos transmitir las a los demás.

Recuerdo algunas de las palabras de san Pablo cuando, prisionero en esta ciudad de Roma, escribió a Timoteo: «Las cosas que has oído de mí (...) repítelas a personas de confianza, que a su vez sean capaces de enseñar a otros» (2 Tim 2,2). El Señor dirige las mismas palabras a todos los que estamos reunidos en esta celebración eucarística. Hoy el Señor nos llama –a todos y cada uno de nosotros– a formar parte de ese grupo de fieles encargados de transmitir la fe, con profundo conocimiento, cada uno en su propio ambiente: en seminarios, parroquias, congregaciones religiosas o en las muchas ocupaciones ordinarias del mundo.

Santo Tomás de Aquino, patrono de nuestra facultad de Teología, subrayó el valor apostólico de quienes se dedican al estudio y a la enseñanza de la «perfección de Dios»; aunque a menudo pueda parecer un trabajo bastante alejado de la pastoral, la realidad es que quienes forman a los formadores desempeñan un papel muy importante en el anuncio del Evangelio a muchos otros (cfr. *Quodlibet* I, q. 7 a. 2 co). En realidad, hay mucha más gente en las aulas de lo que se puede ver a primera vista. El estudio profundo se convertirá más tarde en el alimento de muchas personas, que tal vez ni siquiera llegaremos a conocer.

Para llevar a cabo este apostolado de anunciar las «grandes obras de Dios», es indispensable, como recordaba el papa Francisco, «ponernos de rodillas ante el altar de la reflexión» (Vídeomensaje 1-3-IX-2015). No basta con recitar una breve oración antes de empezar a estudiar, sino que hay que fundir ambas realidades en el corazón: «Pensar orando y orar pensando» (*Ibid.*).

Cuando aislamos la reflexión intelectual sin integrarla en una relación de amor con Dios y con la vida de los demás, corremos el riesgo de que se convierta en un discurso que, en palabras de san Pablo, «hincha» pero no «construye» (cfr. 1 Co 8, 2). Por eso, al recomendar a los cristianos que tengan «doctrina teológica», san Josemaría no ha dejado nunca de unirla a la necesidad de una «piedad de niños» –no menos importante– (cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10). Pidamos al Señor que nos conceda un alma contemplativa, porque solo así podremos descubrir la verdadera profundidad y belleza de su doctrina.

El estudio de la Teología, la Filosofía, el Derecho canónico o la Comunicación institucional no puede permanecer desconectado de los problemas y cuestiones de la vida concreta de las personas que nos rodean. Al contrario: el estudio debe ser un servicio a la Iglesia. Benedicto XVI, refiriéndose a la teología de santo Tomás de Aquino, subrayó que hizo su trabajo «en el encuentro con las verdaderas cuestiones de su tiempo» (Audiencia, 23-VI-2010).

No nos separemos nunca de la gente, por inercia o por conveniencia. Las aspiraciones y preocupaciones de nuestro mundo también deben entrar en el estudio, la investigación y la oración. Jesucristo lo hizo: escuchó las preguntas espontáneas de los que iban a su encuentro (cfr. Mt 19,27; Mc 12, 18; y otros), fue a las casas de muchas personas (cfr. Lc 19,5 y otros), participó de cerca en sus alegrías (cfr. Jn 2,2 y otros) y en sus penas (cfr. Lc 8,42 y otros).

Pidamos, pues, al Espíritu Santo que nos recuerde, como hemos leído hoy en el Evangelio, todo lo que nuestro Señor ha dicho, y que nos anime a seguir su ejemplo.

Se dice a menudo que los santos son los verdaderos teólogos, en virtud del conocimiento de Dios alcanzado por el amor. La vida y los escritos de san Josemaría constituyen una fuente muy rica de reflexión académica. Os animo a conocer su figura durante vuestros años de estudio en esta universidad, que él mismo promovió: descubriréis, como en otros santos de la Iglesia, una armonía entre la vida de oración, el estudio profundo y la vibración apostólica.

Como los discípulos que, llenos del Espíritu Santo, proclamaron el mensaje de Cristo en todas las lenguas, también nosotros pedimos al Paráclito que nos ilumine en este nuevo año de estudio para conocer mejor a Jesús. Y en este compromiso, no podemos dejar de dirigirnos también a la Virgen, nuestra Madre: Ella es la que, llena del Espíritu Santo, mejor conoce a su Hijo. Así sea.

12. Primer aniversario del fallecimiento de Mons. Javier Echevarría (12-XII-2017)

«Las almas de los justos están en manos de Dios» (Sb 3,1). Estas palabras de la Escritura, que introducen hoy la liturgia de la Palabra, nos traen a la memoria con un vivo agradecimiento a Mons. Javier Echevarría. Él vivía de esta convicción, y la ponía de manifiesto con frecuencia, precisamente en estos términos. Se lo señaló, pocos días antes de su fallecimiento, el médico que durante muchos años le había seguido de cerca: «Como usted nos ha dicho tantas veces, Padre, estamos en las manos de Dios».

«El que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá», dice Jesús a Marta. «Todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre». Y añade el Señor: «¿Crees esto?» (Jn 11,25-27). Esta pregunta, como

tantas otras del Evangelio, nos la dirige hoy el Señor a cada uno de nosotros. «¿Crees esto?». ¿Crees que, no solo al final de tu vida sino en cada instante, también ahora, Dios piensa en ti y te quiere junto a Él? ¿Crees que vives continuamente en las manos de Dios, incluso cuando podría parecer que se ha olvidado de ti?

Recuerdo a propósito una anécdota que contaba un médico a quien, hace algunos meses, diagnosticaron una grave enfermedad. A los pocos días se encontró en el hospital con un colega que, con la sinceridad con que se hablan los amigos, le preguntó: «Dime, ¿para qué te ha servido rezar tanto?». Y este le responde: «Mira, rezar me ha ayudado a estar, en estos momentos, feliz, sereno, en paz, yo y toda mi familia; confiamos completamente en Dios y aceptamos su voluntad». El amigo, que no era creyente, se dio la vuelta con los ojos humedecidos y, mientras se iba, le dijo: «¡Qué bonito es tener fe en Dios!».

Sí, qué bonito es tener fe en Dios... Aunque esta belleza de la fe no consiste en un consuelo fácil que se obtendría leyendo o escuchando cada cierto tiempo alguna consideración, para desaparecer rápidamente de nuevo, al volver a la cruda realidad de todos los días, con sus preocupaciones e imprevistos. La belleza de la fe está en el abandono en Dios, en comprender que estamos en sus manos: una actitud interior que tiene que crecer día a día en nosotros, como una serena conquista cotidiana. Y crecerá especialmente al ritmo de nuestra oración: si dedicamos cada día unos minutos a la oración personal, al diálogo con Dios. También cuando nos parezca que no tenemos tiempo para Dios; también cuando pensemos que no sabremos qué contarle. De esta manera, poco a poco, nos dejamos conquistar por el Señor, aprendemos a abandonarnos en sus manos. Y entonces podemos confiarle tantas cosas, incluso en mitad del tráfico, en el trabajo intenso, en la vida familiar o durante el descanso.

«Los que confían en Él comprenderán la verdad, los que son fieles en el amor permanecerán junto a Él» (Sb 3,9). El pasaje del libro de la Sabiduría que hemos escuchado nos habla de los justos que partieron de este mundo; pero lo hace mirando atrás, recapitulando sus vidas. Por tanto, habla igualmente de nosotros, del camino en el que nos encontramos. También estas otras palabras nos resultan muy cercanas: «Dios los puso a prueba y los encontró dignos de Él. Los probó como oro en el crisol, los aceptó como sacrificio de holocausto» (Sb 3,5-6).

Detengámonos un momento en esta hermosa imagen: el crisol, es decir, la parte inferior del horno en el que el metal precioso se separa de la escoria, para hacerlo más puro. La purificación a través del fuego simboliza un camino marcado por dos realidades: el sufrimiento y el amor. Sufrimiento que Dios permite amorosamente en nuestra vida, de formas tan variadas; sufrimiento que a veces causamos con nuestros pecados o nuestras limitaciones. Pero un sufrimiento que puede servir para despertar en nosotros el amor, para purificar el oro que Dios ha puesto en nuestro corazón; para purificar nuestro amor de la escoria del egoísmo, del orgullo. Escorias, estas, de las que a veces no nos damos cuenta, pero que disminuyen nuestra alegría porque levantan obstáculos entre nosotros y Dios, entre nosotros y los demás. Y ¿cómo transforma Dios el sufrimiento en amor? A través del diálogo constante que desea mantener con nosotros, con tal de que nosotros estemos dispuestos a pasar tiempo con Él.

En una de sus últimas cartas pastorales, don Javier escribió: «La paz interior no pertenece a quien piensa que todo lo cumple bien, ni a quien se despreocupa de amar: surge en la criatura que siempre, incluso cuando cae, vuelve a las manos de Dios» (Carta, 1-XII-2016). Pidamos al Señor, pues, que le permitamos purificar nuestro corazón, con confianza, aunque a veces no comprendamos sus caminos (cfr. Is 55,8). Pidámoselo ahora, en estos días de preparación a la

Navidad. Hoy, fiesta de la Virgen de Guadalupe, confiemos este deseo a santa María, que también está junto a nosotros, como dijo a Juan Diego y como hizo comprender a don Javier, especialmente el último día de su vida en esta tierra: «¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?» (*Nican Mopohua*, n. 119).

c) Artículos

1. Luz para ver, fuerza para creer (*El Tiempo*, Bogotá, 24-IX-2018)

«No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Con estas palabras, Cristo cambia la vida de Simón y, desde entonces, el pescador de Galilea sabe para qué vive. Como él, cada persona se enfrenta antes o después a esta pregunta: ¿cuál es mi misión en la vida?

Durante los próximos días, el sínodo de obispos reflexionará en Roma sobre «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». Además de pedir al Espíritu Santo que ilumine a los padres sinodales, aprovechemos esta ocasión para meditar sobre el propio camino, porque todos tenemos una vocación divina, todos somos llamados por Dios a la unión con Él.

La fe es una luz poderosa, capaz de alumbrar el propio futuro e inspirar los deseos de plenitud. En un momento de la vida en que quizá las seguridades de la infancia se tambalean y también la luz de la fe puede debilitarse, es necesario recordar nuestra verdad más profunda: que somos hijos de Dios y hemos sido creados por amor. Él realiza la llamada más radical: nos llama a cada uno y a cada una a ser plenamente felices a su lado. El Creador no nos arroja a la vida y se olvida de nosotros: quien crea, ama y llama. Por eso, el discernimiento del propio camino debe estar iluminado por la fe en el amor de Dios por nosotros, por cada uno.

«No temas», dice Jesús a Pedro. «No tengan miedo de escuchar al Espíritu que les sugiere opciones audaces», escribía el Papa en su carta a los jóvenes para anunciar este sínodo. La búsqueda personal puede generar un cierto desasosiego, porque experimentamos el vértigo de la libertad. ¿Seré feliz? ¿Tendré fuerzas? ¿Valdrá la pena comprometerse? Tampoco aquí Dios nos deja solos. Él nos inspirará si sabemos escucharle. Se lo pedimos cada vez que rezamos la oración más hermosa: «Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo»: hágase tu voluntad en mí, en ti, en cada uno de nosotros.

Pensando en tantos jóvenes que desean secundar los planes de Dios, pidamos que reciban no solo luz para ver su camino, sino también fuerza para querer unirse a la voluntad divina. Ayudará pensar que cuando Él pide algo, en realidad está ofreciendo un don. No somos nosotros quienes le hacemos un favor: es Dios quien ilumina nuestra vida, llenándola de sentido.

Ojalá que jóvenes y adultos comprendamos que la santidad no solo no es un obstáculo a los propios sueños, sino que es su culminación. Todos los deseos, todos los proyectos, todos los amores pueden formar parte de los planes de Dios. Como recuerda san Josemaría, «la caridad bien vivida es ya la santidad».

La vida cristiana no nos lleva a identificarnos con una idea, sino con una persona: con Jesucristo. Para que la fe ilumine nuestros pasos, además de preguntarnos: ¿quién es Jesucristo para mí?, pensemos: ¿quién soy yo para Jesucristo? Descubriremos así los dones que el Señor nos ha dado, que están directamente relacionados con la propia misión. Así madurará más y más en nosotros una actitud interior de apertura a las necesidades de los demás, sabremos ponernos al servicio de todos y veremos con más claridad cuál es el lugar que Dios nos ha confiado en este mundo.

En una sociedad que con frecuencia piensa demasiado en el bienestar, la fe nos ayuda a alzar la mirada y descubrir la verdadera dimensión de la propia existencia. Si somos portadores del Evangelio, nuestro paso por esta tierra será fecundo. Sin duda, la sociedad entera se beneficiará de una generación de jóvenes que se pregunte, desde la fe en el amor de Dios por nosotros: ¿cuál es mi misión en esta vida? ¿Qué huella dejaré tras de mí?

2. Dejarse sorprender por un Padre bueno (*La Estrella, Panamá, 25-I-2019*)

«Al ver el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado: ¿qué es el hombre para que pienses en él, el ser humano para que lo cuides?» (Sal 8,4-5). Estas palabras del salmista reflejan la profundidad del asombro que se despierta en el alma cuando una persona contempla la inmensidad del universo, y al mismo tiempo descubre que, a pesar de su propia pequeñez, es amada incondicionalmente por Dios como es, por sí misma.

Sin embargo, a veces quizás tengamos la sensación de que esta experiencia de plenitud es admirable, bonita, pero inalcanzable. Tenemos la impresión, de la que nos prevenía san Josemaría, de que Dios se encuentra allá lejos, donde brillan las estrellas, y no realmente cerca de nosotros, que nos vemos sumergidos en la vorágine de la vida, repleta de ocupaciones, proyectos, cosas para hacer. De vez en cuando surgen dudas en nuestro interior: «¿Todo esto para qué? ¿Qué sentido tiene que haga esto o aquello? ¿A dónde quiero llegar? ¿Qué busco realmente?» Son reclamos que se despiertan en nuestra alma, que anhela algo más, y con la asistencia del Espíritu Santo nos abren a grandes horizontes.

La juventud es un momento especialmente oportuno para plantearse esos interrogantes, pues esta etapa se despliega llena de posibilidades, grandes retos y decisiones que marcarán el rumbo de la existencia. Late en ella el deseo de exprimir a fondo el tiempo y de acertar con el propio proyecto de vida. Es necesario, por tanto, tener espacios y tiempos de reflexión, de maduración, de considerar lo vivido hasta el momento, para redescubrir el presente –lo que cada uno es– y proyectar el futuro.

Ninguno de nosotros está aquí por accidente; Dios nos ha puesto en esta tierra para tomar parte en algo grande, para colaborar con Él en la historia de la humanidad. Nadie le es indiferente. Para cada uno tiene un plan.

Pero esto puede dar un poco de miedo, porque implica salir de lo inmediato y de lo que parece seguro. En su mensaje para la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud, que tiene lugar en Panamá, el papa Francisco decía a los jóvenes: «Os invito a mirar dentro de vosotros y “dar un nombre” a vuestros miedos. (...) Preguntaos: hoy, en mi situación concreta, ¿qué es lo que me angustia, qué es lo que más temo? ¿Por qué no tengo el valor para tomar las decisiones importantes que debo tomar?» Y luego animaba: «El miedo nunca debe tener la última palabra, sino que nos da la ocasión para realizar un acto de fe en Dios... y también en la vida. Esto significa creer en la bondad fundamental de la existencia que Dios nos ha dado, confiar en que él nos lleva a un buen final a través también de las circunstancias y vicisitudes que a menudo son misteriosas para nosotros».

Detrás de los grandes interrogantes, Dios quiere abrirnos un panorama de grandeza y de belleza, que se oculta quizás a nuestros ojos. Es necesario confiar en Él y dar un paso hacia su encuentro, y quitarnos el miedo de pensar que, si lo hacemos, perderemos muchas cosas buenas de la vida. La capacidad que tiene de sorprendernos es mucho mayor que cualquiera de nuestras expectativas.

«Las propuestas de Dios para nosotros, como la que le hizo a María, no son para apagar sueños, sino para encender deseos, para hacer que nuestra vida fructifique y haga brotar muchas sonrisas y alegre muchos corazones», afirmaba también el Papa en el video-mensaje sobre la Jornada Mundial de la Juventud, considerando el ejemplo de la Virgen María, que con su «sí» generoso a Dios, cambió para siempre el curso de la historia.

3. Guadalupe: un camino al cielo en la vida cotidiana (ABC, Madrid, 13-V-2019)

La sierva de Dios Guadalupe Ortiz de Landáuzuri será beatificada el próximo 18 de mayo en Madrid. Este acontecimiento es motivo de alegría y de esperanza, porque manifiesta, una vez más, que Dios llama a todos a vivir una vida plena junto a Él, a la santidad, y que es posible alcanzarla en las vicisitudes de la vida cotidiana.

La futura beata amaba la vida que Dios había escogido para ella; la hizo suya y fue feliz. Siendo joven, sufrió la muerte de su padre, que afrontó con serenidad y firmeza. A pesar de las dificultades, decidió continuar con sus estudios de Química y seguir una profesión que era poco frecuente en las mujeres de su tiempo; luego se dedicó a la enseñanza, donde puso en juego todas sus cualidades. Cuando conoció a san Josemaría Escrivá y descubrió que Dios la llamaba a vivir su vida cristiana según el espíritu del Opus Dei, no dudó en entregarse generosamente para seguir la invitación a alcanzar la santidad en la vida cotidiana. Guadalupe permaneció abierta a lo que Dios le iba pidiendo en cada momento: dejar por un tiempo su profesión para retomarla más tarde, viajar a México para empezar la labor apostólica del Opus Dei en el continente americano, regresar a España y continuar con la enseñanza, comenzar a una edad avanzada la tesis doctoral.

El ejemplo de Guadalupe puede ser una luz, un impulso para afrontar como camino de santidad la vida corriente, con sus proyectos, ilusiones, desafíos, planes más o menos previstos, pero en la que hay también cambios, dificultades y problemas inesperados. Destaca en ella la actitud de amar lo que Dios nos da, de querer lo que Él quiera, de confiar y esperar en Él, y vivir plenamente el presente, como es, poniendo en manos de Dios el futuro.

Guadalupe fue una persona alegre, valiente, decidida, emprendedora, acogedora. La certeza que tenía de la cercanía de Dios, de Su amor por ella, la llenaba de sencillez y serenidad y le hacía no tener miedo de sus errores y de sus defectos, e ir siempre para adelante buscando querer en todo a Dios y a los demás. Muchas veces podemos estar tentados a dejar de aspirar a cosas grandes, a renunciar a nuestros sueños, porque palpamos nuestras limitaciones y errores. Guadalupe nos enseña que es posible soñar y llegar lejos si, a pesar de las dificultades, confiamos en Dios, en su amor por nosotros.

Esta química madrileña hizo compatible una vida profesional intensa con el trato con Dios y con el servicio a los demás. Sus numerosas cartas nos hacen ver cómo intentaba poner a Dios en primer lugar y, aunque no siempre lo lograba tal como quería, recomenzaba cada vez con nuevo empeño. En algunos momentos del día, procuraba tener ratos de encuentro personal con Dios, de oración, de donde sacaba la fuerza para encontrarle luego en cada circunstancia. Todos, a pesar de las múltiples tareas y compromisos que llenan nuestro día, podemos, si queremos, encontrarnos con Dios, que nos espera pacientemente en cada momento y especialmente en la Eucaristía. No deja de parecer un especial detalle del Señor que el 18 de mayo, día de su beatificación, sea la fecha en que Guadalupe recibió la Primera Comunión. Esta coincidencia nos recuerda la estrecha unión que existe entre Eucaristía y santidad personal.

La futura beata es también un modelo de cómo descubrir a Dios en nuestro trabajo, en nuestra labor bien hecha. Era consciente de que podía hacer presente a Dios en su actividad profesional, y en ella y a través de ella, darle a conocer a los demás. El amor de Dios y su afán profesional la impulsaban a implicarse generosamente en las necesidades sociales de su tiempo; no le eran indiferentes los

sufrimientos de los demás y esto la animó a llevar adelante iniciativas de desarrollo social tanto en su país como en México, desplegando sus conocimientos y talentos. Guadalupe era una apasionada de la Química, pero el trabajo no era para ella solo un lugar de realización profesional, sino principalmente un espacio para tratar a Dios y darse a los demás, de servir.

Muchas personas que la conocieron recuerdan su alegría, su risa contagiosa, que hacía la vida agradable a los demás. Este carácter alegre y abierto tendría algo de temperamental, heredado, pero era también fruto del esfuerzo y del sacrificio escondido. Sufrió por muchos años una enfermedad cardíaca, que la hacían sentirse cansada y hasta agotada, pero eligió abrazar esa dificultad y sonreír a los demás, quitándose importancia. Pensando en Guadalupe, me viene a la memoria también una afirmación de san Josemaría: «Darse sinceramente a los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría» (*Camino*, n. 591).

En este mes de mayo, especialmente dedicado a la Santísima Virgen, podemos pedir a Ella que la figura de Guadalupe nos inspire y nos impulse a aceptar siempre las invitaciones de Dios para nuestra vida, para ser como ella felices, «beatos», como la declarará dentro de pocos días la Iglesia.